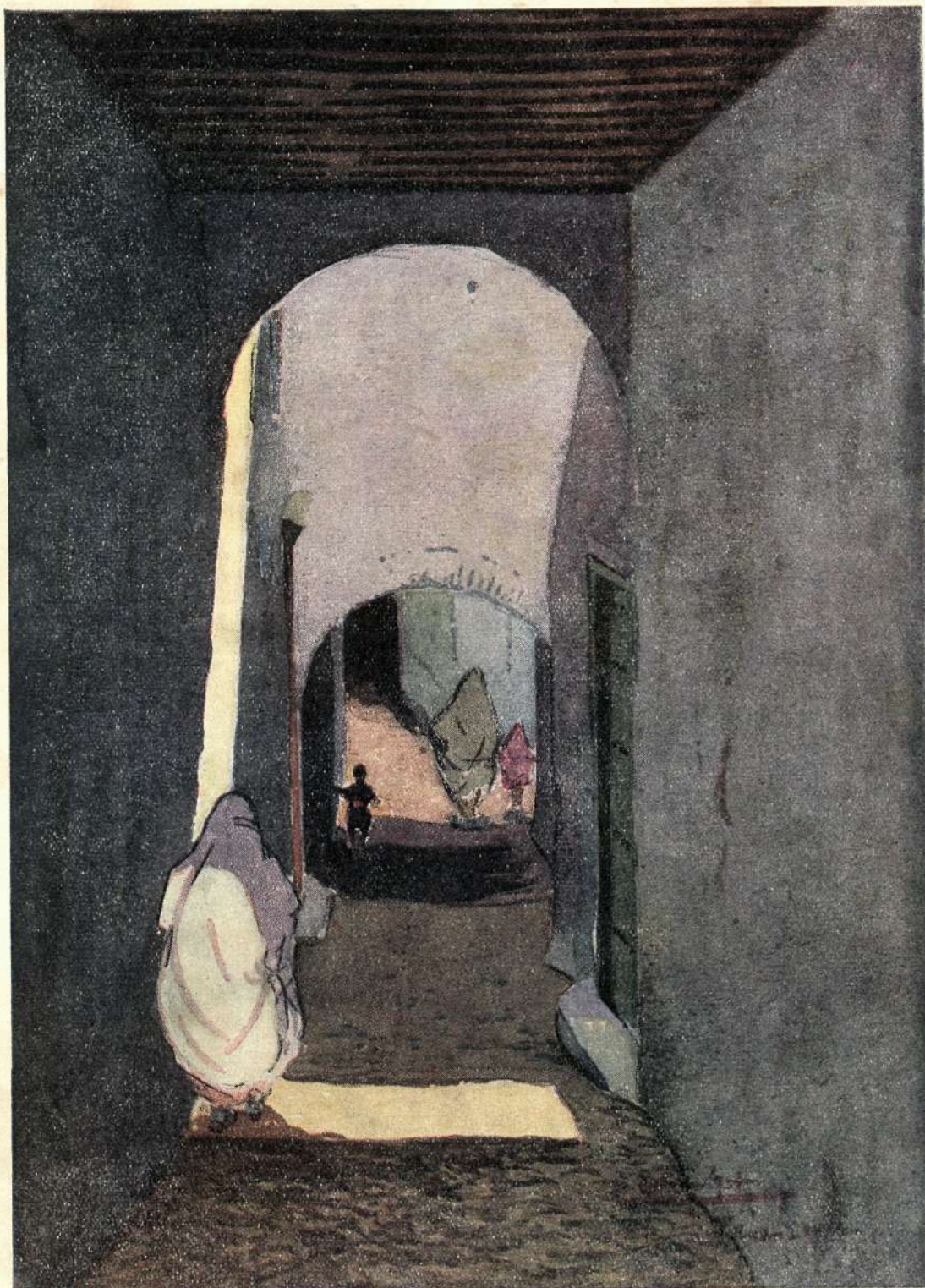


Nº 39

AFRICA

REVISTA DE TROPAS COLONIALES



UNA CALLE DE TETUAN

Por A. GOT



DOMICILIO SOCIAL: VIA LAYETANA, 2.--BARCELONA
REPRESENTACION: PLAZA DE LAS CORTES, 6.--MADRID

SERVICIOS DE CORREOS

LÍNEAS DEL NORTE DE ÁFRICA

De Málaga para Melilla y viceversa, diario; de Algeciras para Ceuta y viceversa, diario; de Algeciras para Tánger y viceversa, diario; de Cádiz para Tánger-Ceuta y viceversa, semanal; de Cádiz para Tánger y viceversa, semanal; de Cádiz para Larache, los días 1, 5, 10, 15, 20 y 25 de cada mes; de Larache para Cádiz, los días 2, 6, 11, 16, 21 y 26 de cada mes.

LINEAS DE CANARIAS

De Cádiz, todos los domingos a las 15 horas; de Barcelona (servicio rápido quincenal), el jueves cada dos semanas; de Barcelona (servicio quincenal con escalas en los principales puertos del Mediterráneo y Norte de África), el miércoles cada dos semanas.

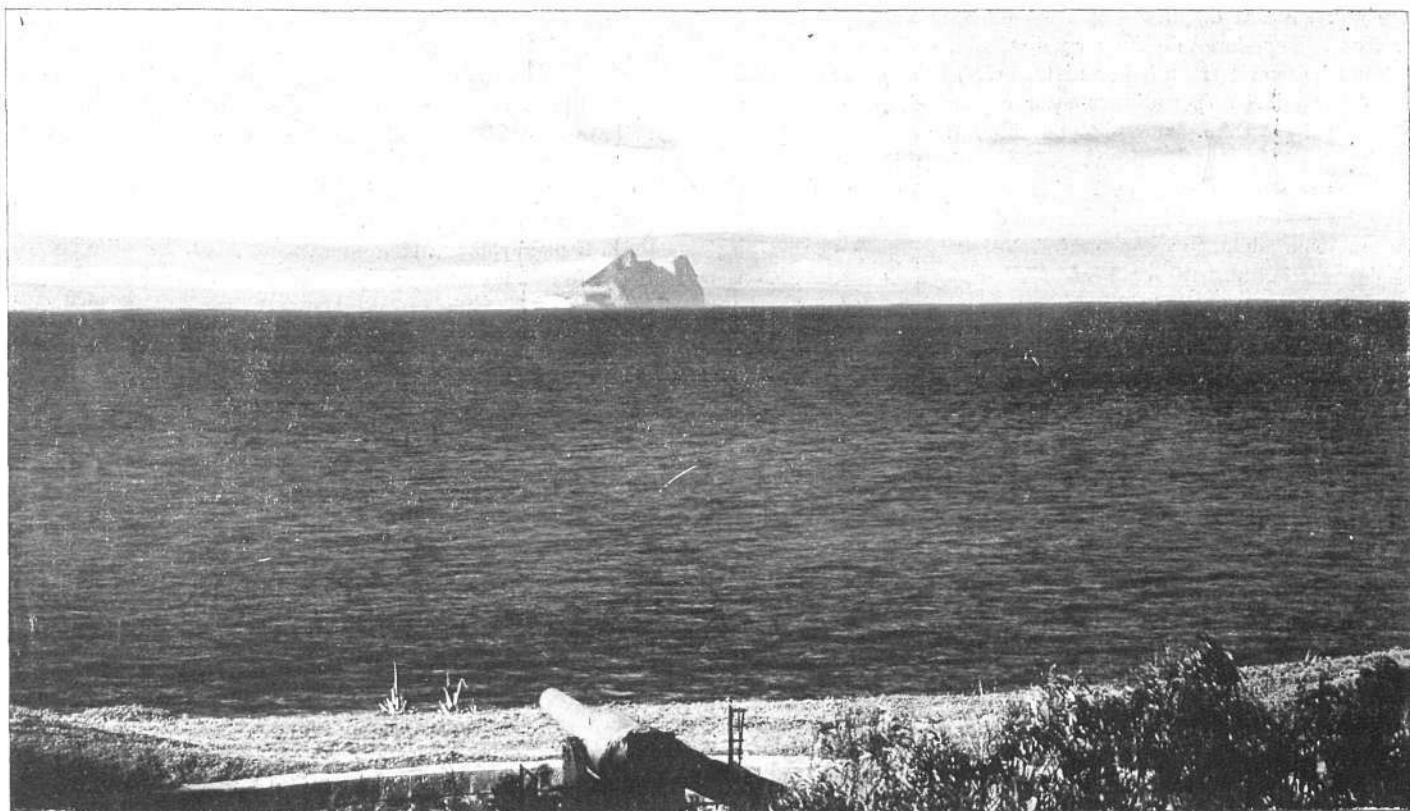
LÍNEAS DE BALEARES

Comunicaciones directas, regulares y rápidas desde Barcelona, Tarragona, Valencia y Alicante para todos los puertos de Baleares y viceversa. Servicio mensual entre Marsella-Palma de Mallorca-Argel y viceversa.

SERVICIOS COMERCIALES

Línea regular semanal con salidas los jueves de Barcelona para los puertos españoles del Mediterráneo, Norte de África, españoles del Atlántico y Cantábrico hasta Bilbao y viceversa.-Líneas regulares entre Barcelona-Valencia, Barcelona-Alicante-Orán y Barcelona-Castellón-Candía y viceversa en los tres servicios. Líneas regulares de carácter semanal entre España, Inglaterra y viceversa

Para más detalles, dirigirse a las oficinas de la Compañía o de sus Consignatarios en cualquiera de los puertos de España, Baleares, Norte de África, Canarias e Inglaterra.



EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

EPISODIOS PRINCIPALES DE UNA TRAGEDIA HISTORICA

I



LOS bárbaros del Norte que entraron en España eran verdaderamente bárbaros, pero pocos; no germanos los más de ellos, no muy del Norte, y tampoco muy europeos. Verdaderamente germanos y septentrionales, los suevos y vándalos. Estos pasaron a Africa, donde se hicieron para siempre famosos como devastadores. Los alanos, escaso grupo de guerreros, eran eslavos.

La mayor tropa, la goda, la formaban unos 200.000 hombres, mujeres, niños y esclavos de sangre diversa; eran una mezcla de germanos, tártaros y eslavos: venían de las llanuras de Ucrania, o sea de Oriente; vivían errantes en las estepas, siendo sus casas grandes carros en que viajaban con sus familias en busca de pasto para el ganado o de botín; no concebían el verbo *edificar*, por faltar la costumbre de construir habitaciones, empleando en vez de él la locución *juntar madera*, ya que algunas veces hacían barracas uniendo tablones. Los romanos, para verse libres de ellos, les entregaron España, buena finca donde podían gozar de la vida a su gusto, comiendo, bebiendo y alojándose en las casas de los indígenas. Los godos presentáronse con una cesión del Emperador Honorio en toda regla. Este les traspasaba la finca. Ellos se declararon dueños de los dos tercios de la propiedad. Los españoles se dejaron despojar sin resistencia. Quinientos años de sumisión les habían incrustado en el cerebro la noción de que tenían un poderoso señor que residía allá lejos, en Roma. Iberia no existía: era una vasta dehesa donde vivía un numeroso rebaño. La conquista romana así la había hecho, o antes deshecho. Semi-cultos privilegiados algunos; esclavos sin privilegio la inmensa mayoría; todos igualmente obedientes; magníficos monumentos contruidos por ellos, con su dinero y su esfuerzo personal, para provecho del amo y de sus inmediatos servidores; tal fué la civilización impuesta por el vencedor extranjero, que nuestros latinizantes admiran extasiados y ensalzan entusiasmados. —«Había orden; había paz; la famosa paz octaviana impuesta por Octavio Augusto al mundo domado y feliz»—claman—. Cierro: la paz de los sepulcros; un vasto cementerio de naciones muertas. Muchos de los grandes escritores fueron esclavos o siervos. ¡Plauto tiraba de una noria unido a un burro! ¡Admirable civilización!

Sangre germánica pura sólo entró en España la muy escasa que los suevos trajeron. Ellos y los godos (en total no más de 40.000 guerreros) se instalaron parasitariamente sobre 10 millones de iberos barnizados de latinismo, consternados y humildes. Donde se presentaba uno de aquellos retirábase a un rincón el dueño de la casa, dejándole las dichas dos terceras partes de cuanto poseía. Para los godos la Península fué al principio una colonia de su reino de las Galias, pero empujados hacia el Sur por los francos barrieron a los suevos hacia Occidente, acorralándolos en Galicia y Portugal. Primero pusieron la capital en Barcelona, desde donde podían atender a sus dominios ultra-pirenaicos. Luego, rehuyendo la cada día menos grata vecindad de los francos vencedores, bajaron al Sur, instalándose en Sevilla. Finalmente fijáronse en la meseta central, vivienda geográfica análoga a las estepas de donde procedían, abandonando el litoral a los bizantinos, y con él el Estrecho, donde la única tentativa de dominio que hicieron, el ataque a Ceuta, acabó con la más completa derrota, salvándose el rey (Teudis) casi solo y casi por milagro.

Toledo fué su capital definitiva. En la soledad esteparia la Iglesia Católica (estirpado el arrianismo) conquistó a los conquistadores. De la conquista resultó la España de Recaredo y de los Concilios, en la que los Reyes se postraban a los pies de los prelados llamándoles «la sal de la tierra»—frase de Ervigio—(1) les prometían exterminar a los judíos, «gente perjura y maldita, material para el fuego del infierno»; menudeaban los pronunciamientos para decidir la grave cuestión de si la Corona había de ser electiva o hereditaria; se luchaba con los particularismos septentrionales (Galicia, Vasconia, Septimania): oran, conspiran, intrigan, mátanse (la mitad de los reyes murieron asesinados) y tan absorbidos estaban en estas cosas internas que no oyen el rumor del alud que rugiente avanza por el Norte de Africa y llega ya al Estrecho que en breve se iba a llamar de Gibraltar.

¡Está el Estrecho tan lejos del páramo!

De 700 a 711 luchan en España los partidarios de la Corona hereditaria (los de Witiza) y los de la electiva (los magnates y

(1) Sucesor de Wamba. Este intentará instituir el servicio militar obligatorio, o algo parecido. Tal medida movilizaba, en caso de guerra, a los infinitos siervos de prelados y magnates. Ellos, para evitarlo, urdieron, de acuerdo con Ervigio, el hombre de confianza de Wamba, la conspiración que derribó a éste. Quedose la España de Recaredo sin ejército nacional. Esta fué la causa del desastre acaecido 31 años después (680-711). No hubo nación porque no había ejército, pero no llegó a haber ejército porque no había nación.

Rodrigo). En esta disputa llegan los musulmanes capitaneados por Muza, se apoderan de Tánger y de Ceuta, obligando a Julián el Gomari, (como llaman los cronistas árabes al gobernador de esta plaza) a darles (por alianza o por capitulación) los medios de cruzar el Estrecho. Unos 400 hombres fueron con Tarif ben Malek a la población que de su nombre se vino a llamar Tarifa, y 7.000 bereberes, de Gomara y Beni-Hozmar en su mayor parte, más unos 300 árabes (el Estado Mayor) desembarcaron al pie del monte que en adelante se denominó Yebel-Tarik, (1) por ser el jefe de aquella hueste el bereber Tarik ben Zeyad el Leity. Con un refuerzo de otros 5.000 rifeños que a última hora recibió Tarik, quedó completo el ejército invasor, el cual arrolló al de los godos mandado por D. Rodrigo, llevándole a empujones de la Janda al Guadalete donde, del todo desbaratado, se disolvió. No hubo más batallas, ni heroicas defensas de ciudades, aparte Córdoba y Mérida que resistieron bastante bien. Pero toda la población judía y los millones de españoles oprimidos (dos tercios de los habitantes eran siervos de preladados y magnates) abandonaron a los godos y al clero, y recibieron como libertador al ejército africano.

De allí a poco entraba Tarik en Toledo sin resistencia. A los cuatro años ya Pamplona era de los invasores; éstos tenían en Asturias un gobernador, por cierto bereber, Abu-Neza, y godos al vencedor sometidos gobernaban feudos considerables, como el de Zaragoza y el de Murcia. Mostrose la nobleza goda por demás aprovechada y oportunista, y no la rescata de la nota la arrojada iniciativa de Pelayo, porque es casi seguro que Pelayo no era godo.

Era un asturiano propiamente tal: un indígena, un español. Pelayo héroe godo es el primer capítulo de la leyenda que se formó poco después para crear, en perjuicio de la verdadera España, la España germano-cristiana, es decir no española, y presentarla como el ideal a que había de tender la Reconquista; ni más ni menos como los Profetas de Israel consolaban y animaban a su pueblo cautivo en Babilonia con la pintura de las grandezas de David y Salomón, y le anunciaban de parte del Señor la restauración de aquel glorioso pasado.

Nuestra España de Salomón fué la de Recaredo, pero mientras llegaba la hora de que resucitase, ensueño que los Reyes Católicos persiguieron con vehemencia y que Felipe II pensó encarnar, la realidad que surgió sobre la Tierra fué un segundo imperio ibero-africano, más grande y más fuerte que el primero.

II

¡Larga digresión por el vasto campo de la Historia desconocida. ¿Inútil? No. Hay que destruir la leyenda y restaurar la verdad. Para eso lo exploramos. Y de las Chafarinas al Espartal la verdad nos parece diáfana, luminosa, descubriéndonos nuevos, vastos, inesperados horizontes; rosada y resplandeciente como la blanca cumbre del Yebel Kelti, cuando los últimos rayos del sol poniente la besan amorosos. La Geografía fidelísimamente nos guía, mostrándonosla, y probándonos con magníficos documentos fehacientes la fraternidad de las cosas: las rocas, las aguas, las plantas, las bestias. ¿Sólo los hombres quedarán fuera de esta ley de amor? ¿Sólo ellos se odiarán?

¡Malditos los que tal blasfemia propalaron emponzoñando con ella la Historia, y torciendo a la pobre España desastrosamente su camino!

Vista desde el Estrecho ¡cuán fácilmente se presiente la secular adulteración! Ante la lección geográfica los que en la escuela perdieron la aptitud de discurrir, si algo propio tienen pronto reaccionan y discurren. Entonces advierten la trascendencia del engaño que sufrieron.

Aquella naturaleza hermosa, grandiosa, potente, engendró la primera España, la libio-ibérica, la de los Barkas, apoyándola en cuatro robustos pilares: Cádiz, Ceuta, Cartagena, Cartago.

La segunda España fué la de Roma. Ya no pudo ser *ella misma*. Aplastada, triturada, pasó a ser otra cosa. Roma, quebrantada.

(1) De donde hemos hecho Gibraltar. ¿Cómo se ha transformado la suave y en la gutural *j*? ¿Por qué la propensión a esta mudanza en tantas voces como el español toma del árabe? Para mí la *j* española es pre-árabe, ibérica; esto es, bereber. Consérvase exactamente en los dialectos bereberes existentes; y en el tamachek, el más cercano probablemente a la lengua madre desaparecida, y el único que tiene alfabeto propio, escríbese de este modo: *j* y se llama *tef*. La *h* aspirada se escribe *h* y se dice *teh*. Ambas letras (y otras auténticamente saharíes) figuran repetidamente en las inscripciones ibéricas hasta ahora mudas para los sabios, y a las que Cejador quiso hacer hablar mediante el empleo del vasculence. Así la *j* vino a Iberia con la peineta, con la mantilla, con la capa, con la espada ancha de dos filos (*tacuba*), que los romanos adoptaron y que los imoghar (en árabe *tuwreg*) usan todavía, como usan la mantilla, la capa y la *j*. Y nosotros fielmente aplicamos nuestra *j* castiza y bereber a *Tánger*, a *baja*, a *naranja*, a Gibraltar y a otros infinitos nombres que en árabe no la tienen. Tan bereberes son los españoles que berberizan la lengua árabe como los bereberes de África.

do sus huesos para mejor devorarla, la impuso instituciones, lengua; otra alma, en suma. A esto llaman civilizar los esclavizados clasicistas (sumisos pensadores con ideas de otra raza) olvidando que muchos miles de años antes de que hubiera Roma y de que hubiera Grecia, ya había en Berberia y en Iberia (*Berberia* e *Iberia* son la misma palabra, expresión de la identidad étnica de la gente de ambas orillas del Estrecho) una civilización, que fué la que los romanos mataron.

De la España romana vino a nacer la gótica. La hija parece a los tradicionalistas aun mejor que la madre. Gracias a los godos llevamos en las venas sangre de una estirpe humana superior; sangre azul. ¡Somos europeos y hasta germánicos! exclaman muy ufanos... y muy equivocados. Ya queda dicho lo que eran los godos. Añado que la superioridad de la estirpe germánica es otra ilusión. Bárbaros del Norte y bárbaros del Sur poco se llevaban en el grado de evolución social, y por eso mucho se parecían. Pero en algo muy esencial se diferenciaban. El septentrional era infinitamente más torpe para aprender que su equivalente meridional. Por eso los pueblos germanos y latinos se revolcaron juntos en la anarquía (apesar de los esfuerzos arquitectónicos, ordenadores, de la Iglesia) largos siglos, y sólo salieron del caos para construir, inspirados por lo que se llamó Renacimiento, naciones modeladas en la tiranía romana; mientras que a los árabes y sus asociados bereberes (ibero-mauritanos) pocas décadas les bastaron para crear en torno del Estrecho, y sin clero organizador, porque el Islam no le tiene, un imperio inspirado en la sabiduría del viejo Oriente, llevando a glorioso término el intento malogrado de los Barkas.

Grandes bárbaros asoladores de la Historia han arrancado de la de España todos los capítulos que narran la de ese gran imperio, por espúreos, por odiosos, por indignos de nosotros. En tan enorme error educadas las clases superiores de la sociedad española quedaron incapacitadas para la función directora, y no acertaron con el camino de África, extraviándose y extraviando a la nación; y así dieron juntas en el callejón sin salida del testamento de Isabel la Católica el cual, por cierto, nada tenía que ver con Marruecos, que pertenecía a Portugal, por dejación de todo derecho sobre él que la dicha reina y su marido habían hecho en favor de aquel reino, a partir de un punto del litoral cercano al peñón de los Velez, y de allí hacia el Cabo de Buena Esperanza, o sea indefinidamente, con la sola excepción del breve trecho de Santa Cruz de Mar Pequeña, único desahogo continental que don Juan II y don Manuel consintieron a las Canarias. (1) Infinitos escritores y oradores elocuentes y sencillos infinitamente se han extraviado engañados por este documento fantasma, desde Ros de Olano, que arengaba a sus soldados diciéndoles que iban a África a cumplir el deber tradicional de todos los españoles, la guerra al moro, hasta Alarcón (2) y otros de hoy mismo.

Pero alto, que antes de entrar en tan interesante materia, hemos de detenernos a contemplar, siquiera breves momentos, aquella gran nación hispano-musulmana que tenía gobernadores en el Pirineo y en el Sahara, de la que el reino de Fez era un Virreinato, (y la capital una colonia fundada por 8.000 cordobeses) al que los Emperadores de Alemania enviaban embajadas cual nunca las recibieron Carlos V ni Felipe II, cuya acción política se extendía hasta el Volga y el Mar Caspio, y cuyos soberanos asistieron en Córdoba, unos mil años ha, al primer ensayo de aviación de que hay noticia.

Asunto magno, más para un grueso y meditado volumen que para breves e improvisados artículos al correr de la máquina escritos.

Gonzalo de REPARAZ

(1) Por el tratado de 7 de Junio de 1494, que ningún autor castellano ha citado hasta ahora, que yo sepa, quedó acordado que en el plazo de tres años se pondría en claro, mediante el nombramiento de comisionados, cuál era en la costa el límite del Reino de Fez, cuya conquista competía a Portugal exclusivamente, y que mientras a esto se llegaba, Melilla y Cazaza podían quedar por los Reyes de Castilla y Aragón; pero que si no se cumplían ciertos tratos y condiciones de que en el tratado largamente se habla «...los dichos señores Rey y Reina de Castilla y Aragón habrán de entregar al dicho Señor Rey de Portugal, o a su cierto mandado, las dichas villas de Cazaza y Melilla, o cualquier de ellas que hubieren ganado o habido, el dicho Rey de Portugal sea obligado a pagar a todos los maravedís que montare en todas las costas que hobiere fecho, hasta que los dichos Reyes de Castilla y Aragón sean pagados dello...» El tratado de Cintra (1509) hecho después de muerta la Reina, vino a completar y, en parte, a rectificar éste de 1494, afirmando, empero, la soberanía de Portugal sobre Marruecos.

Por este tratado de 1494 se ve que antes de la empresa de Estopiñán (1497) ya los Reyes Católicos pensaban en apoderarse de Melilla y Cazaza, y que el rey de Portugal se lo prohibía, entendiendo que pertenecían al reino de Fez, el cual pretendía estarle reservado del todo.

(2) Proclama de Ros de Olano a los soldados del tercer Cuerpo de ejército de África. Preciábase de literato el general, y era más que mediano poeta. En este documento dejóse llevar más de lo conveniente de la literatura y de las ideas corrientes.

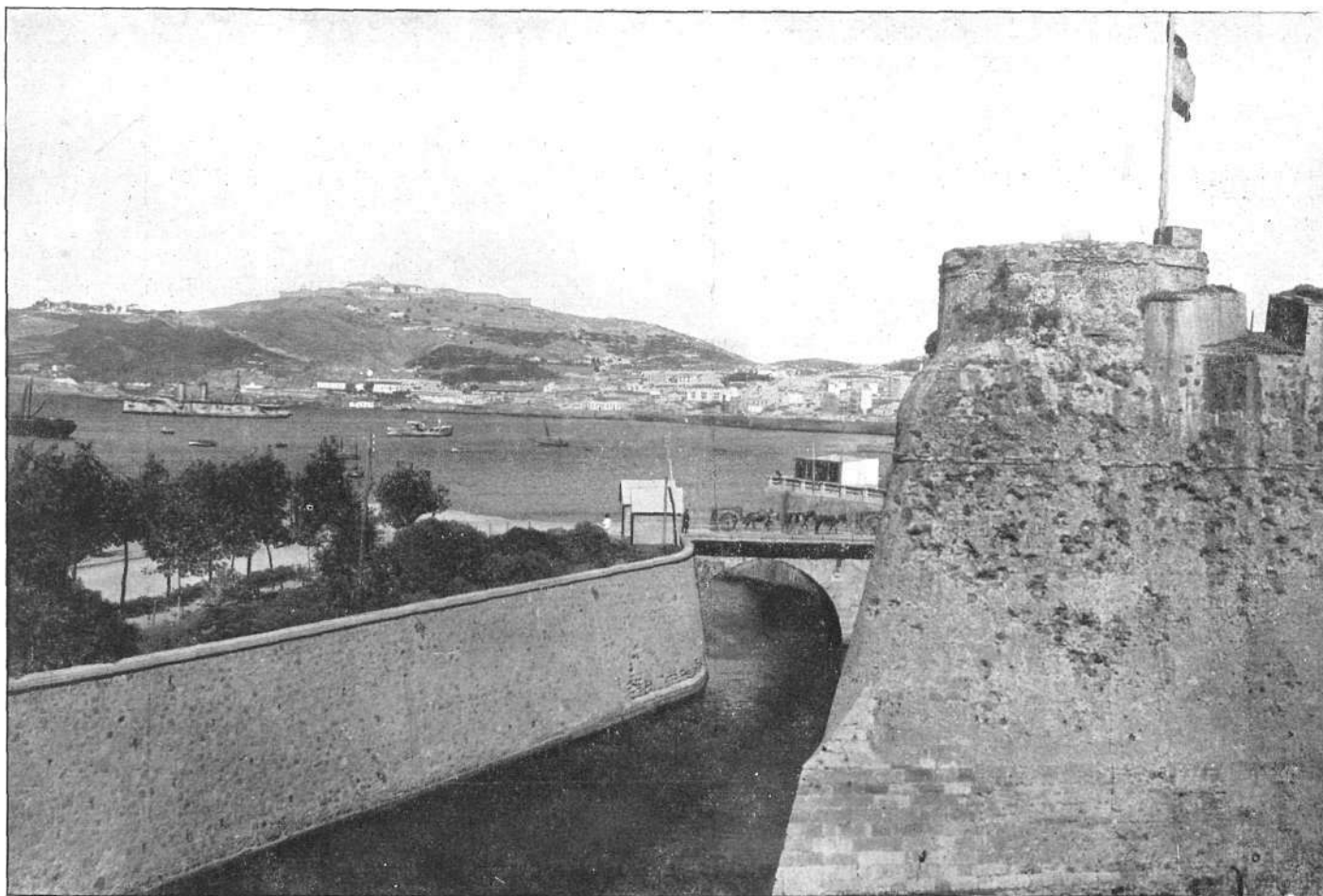


Foto Roj

LA PUERTA DEL CAMPO DE CEUTA



AY ya muy poca gente de mediana cultura que incurra en la vulgaridad de tener por artístico y admirable todo lo viejo, ni aun siquiera lo antiguo; yo tampoco voy a dar ahora en ese lugar común. Pero hay cosas viejas, que, aunque carecen de valor estético y hasta sin tenerlo arqueológico, no les falta interés emotivo y hasta gozan de cierto prestigio evocador siempre grato a las

personas de buen gusto y de temperamento un poco afinado

Como ejemplo de ello voy a referirme a la vieja puerta abaluartada de Ceuta, conocida popularmente con el exactísimo y definidor apellido de Puerta del Campo, pero antes quiero sentar algunas premisas, como diría un disertante escolástico.

Los pueblos tienen no sólo el derecho, pero hasta el deber de evolucionar y de modernizarse, y a veces este imperativo de evolución impone la desaparición o la transformación de lugares, edificios, de aspectos y puntos de vista que el arqueólogo o el hombre de arte quisieran conservar incólumes, pero que las personas entonadas prudentemente con la realidad habrán de resignarse a ver sacrificados, tanto más cuanto que es vano esfuerzo el de querer ahogar la ebullición vital de una ciudad que, si vive,

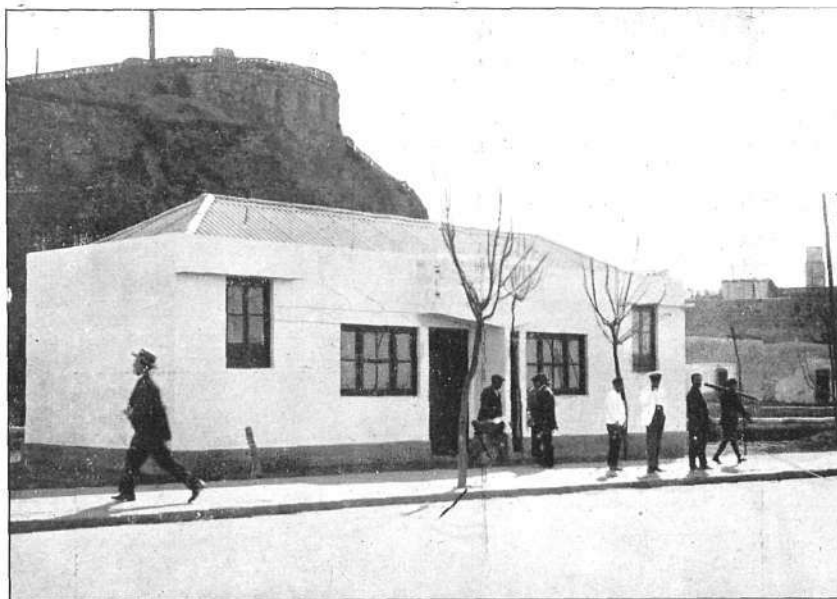
inevitablemente, continuamente, ha de transformarse. Sólo los pueblos cadáveres conservan como mortaja la fisonomía urbana del momento histórico en que les llegó su última hora.

Sin embargo de ello, hoy que la transformación de los pueblos es más uniforme, a consecuencia del mayor contacto y de la mayor amplitud de las relaciones de unos con otros, así como por la misma universalidad de la técnica de la urbanización y que, por eso mismo, su proceso evolutivo tiende a hacerlos cada vez más inexpressivos, en el sentido sentimental de la palabra, a uniformarlos, a igualarlos, a herir de raíz los rasgos locales, a borrar las

aristas fisonómicas típicas de cada ciudad, ponen o deben poner todos ellos, junto al impulso del instinto de crecimiento y renovación, un marcado buen gusto en conservar, cuanto les sea posible, ciertos rasgos, ciertas facciones o al menos algún gesto que tenga acentuación fisonómica. Esta ha de ser la lucha afanosa de quienes presiden la continua ampliación de un pueblo: acomodar aquella pretensión sentimental con el arrollador e inevitable anhelo de crecer y de transformarse.

Y por eso, así como está bien que Ceuta

se rejuvenezca y se amplíe, estaría mal, y sería lamentable que no procurase encauzar su evolución y su remozamiento dentro de un mínimo programa de conservación de su heroica figura, no de hace siglos, simplemente de hace unos años. Porque si Ceuta,



hasta hace unos años, por su gesto guerrero y su anacrónico atavismo mural, pudo ser tenida por el Quijote de las ciudades españolas, ello fué sólo en apariencia. No, no fué quijotismo el de sus viejas murallas, el de su antañona armadura de fortaleza, si se tiene en cuenta que hasta el siglo XIX y hasta el XX vistió Ceuta tal indumentaria bélica, no por mera fantasía caballeresca ni ante enemigos imaginarios, sino porque era realmente plaza fronteriza continuamente amenazada, baluarte defensivo de España, barbacana de la patria al otro lado del foso mediterráneo. Y lo seguía siendo todavía cuatro siglos después de que todas las demás villas y ciudades andaluzas—hasta aquellas tan heroicas y batalladoras como Jerez, Tarifa, Jaén, Baza, y Alora,—habían dejado a un lado la pesadumbre y la opresión de sus armaduras barroqueñas y se extendían plácida y graciosamente por las feraces vegas que las circundan, dejando al tiempo o a los canteros la lenta labor de ir derribando y consumiendo aquellos inútiles arreos de guerra.

Si Ceuta aspira a ser—y a ello está obligada por propio orgullo y por orgullo patrio—la puerta principal del Marruecos español y el punto de partida indiscutible del turismo que se dirija al Mogreb y si ha de oponer una digna y honrosa rivalidad a cualquier otro puerto del occidente berberisco que pudiera también servir de acceso al imperio marroquí, mucho habrá de cuidar, hasta en los más menudos aspectos, de no ser en forma alguna superada; y entre aquellos aspectos no entran sólo los que atañen a la comodidad y a las facilidades de todas clases que el viajero debe encontrar en ella, sino también algo más delicado de cuidar y de cultivar: la nota de buen gusto y de interés, aquella fina silueta de carácter y de espíritu propio, que en una heroica ciudad de historia larga y gloriosísima, que ha vivido reconcentrada siglos y siglos, con el mar a sus espaldas y a su frente un país hostil e impenetrable, tiene que manifestarse con harta más vigor y con más espontaneidad que en otros muchos lugares, hoy consagrados entre las etapas del turismo mundial por obra y gracia de una concienzuda y bien encauzada reconstitución, no tan sólo del pasado histórico, sino también del espíritu y de la personalidad local, sedimentación de los siglos que no es mera antigüedad ni simple vetustez.

Con su historia, sus siglos heroicos, su estupenda posición geográfica y su marcado andalucismo, la Ceuta del porvenir, que ya hoy se esboza gallardamente, puede ser algo más que un pueblo nuevo y debe ser algo más que eso. Para que un encanto particular, una emoción genuina, en todo distinta de la que puedan ofrecer el resto de las demás ciudades africanas, sea la primera impresión grata que el turista reciba, no defraudadora de la ilusión ingénua y un tanto romántica con que todo buen europeo cruza por primera vez las magníficas aguas del Estrecho de Gibraltar.

Y esta preocupación del valor espiritual y sentimental de Ceuta, la reputo yo no simplemente local, sino indiscutiblemente española. Y es justo que lo sea, porque si antaño fué Ceuta el antemural de la integridad hispánica, hoy es la avanzada de su expansión en el Mediterráneo y en África y hasta en sus más minúsculas facetas ha de resplandecer el ideal español, la finura del espíritu español, la graciosa entonación de personalidad y del buen gusto españoles, de que otras urbes españolas y por añadidura andaluzas dan ya muestras felicísimas.

Por eso y dando por descontado el carácter no local de la REVISTA DE TROPAS COLONIALES, traigo hoy a colación este tema o mejor dicho este ejemplo de la bien llamada Puerta del

Campo. Puerta del Campo no de Ceuta, puerta del campo de Hispania entera. La única durante muchos siglos abierta sobre el camino que la Geografía le señalaba a España y que España emprendió harto tarde: el camino de África, que todavía no hace treinta años pudo conducir la influencia española hasta más allá de las murallas de la prestigiosa ciudad de Fez. Tal es la Puerta del Campo, que se abre sobre ese tenue hilillo de suelo africano con que se ha mantenido siempre, no sólo simbólicamente, sino de un modo material, el contacto y el enlace efectivo de las dos Iberias a pesar de la tajadura sangrante del estrecho de Hércules.

Yo no sé si las necesidades crecientes y la fuerza irradiadora de Ceuta en el mañana próspero, que todos le deseamos, harán precisa la desaparición total de este último y ya mutilado vestigio de su azarosa vida de asedio y alarma perenne durante siglos y siglos, pero en tanto así no sea, debería conservarse amorosamente tal y como ha llegado al día de hoy, con su baluarte afilado y erguido, con su foso casi medioeval, con su hornacina jambera y en ella su Santo Cristo centinela, tan venerado por los ceutíes, y allá en lo alto, la ondulante llamarada de la bandera española proclamando la vieja soberanía de la patria en este maravilloso y espléndido vértice de la tierra. Hasta aquél amago de jardincillo que florecía al borde del foso parecía una espontánea oportunidad. (Los jardines disciplinados o enmarañados son la única compañía capaz de entonar con la vetustez de las murallas jubiladas; si no tuviéramos la Alhambra, citaría como ejemplo la alcazaba de los Udaías en Rabat). Además, aquel rudimento de jardín, aunque mezquino y abandonado, susceptible por otra parte de mejorarse y de acicalarse, venía a puntuar la grata impresión que al llegar de Europa producen los que encuadran la entrada de Ceuta, debidos por cierto a una meritisima iniciativa particular.

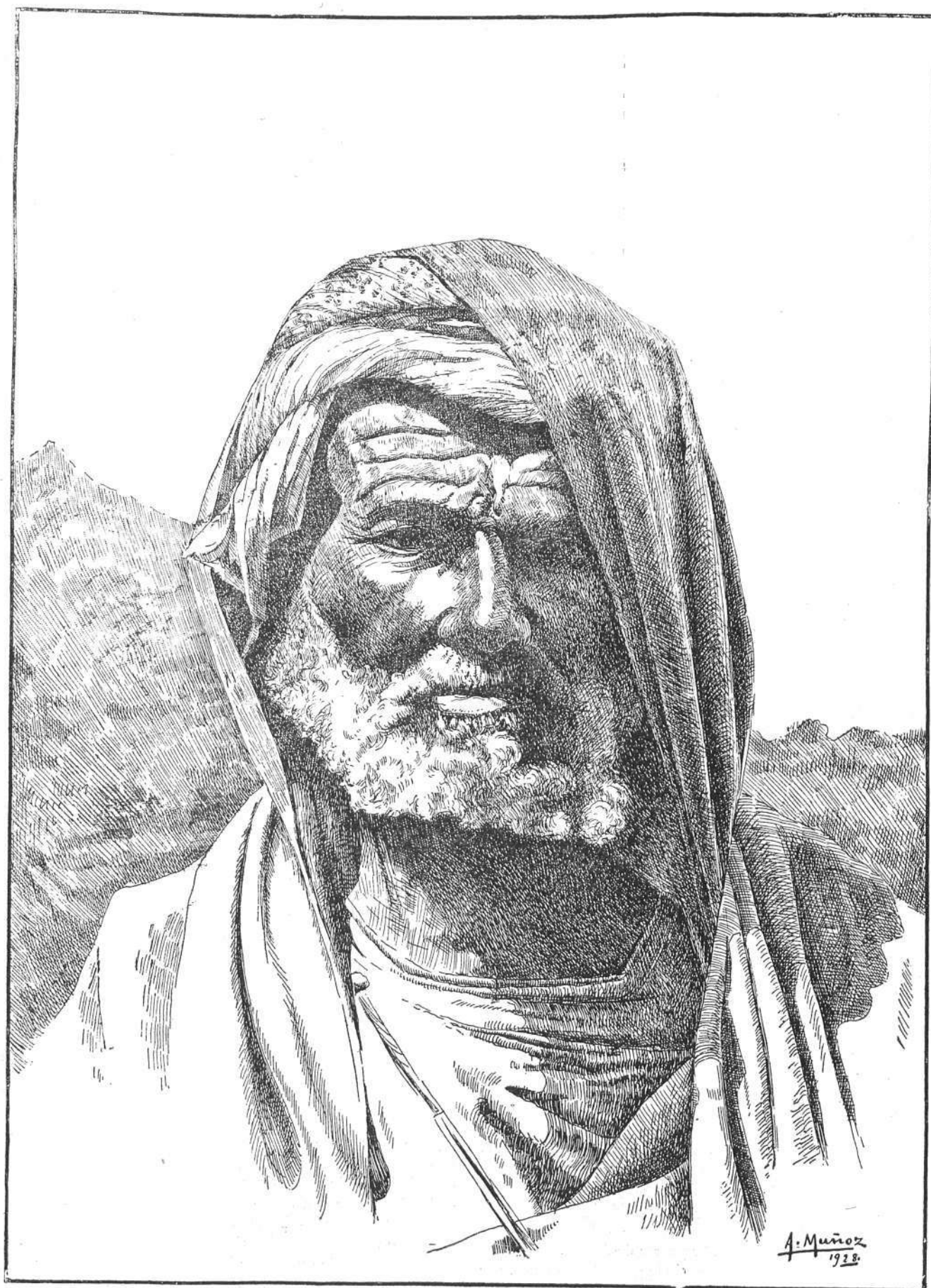
Ahora se ha colocado en lugar de estos jardines de la puerta de Ceuta la agria nota de una barraca más. Barraca blanqueada y de hormigón armado y hasta con pretensiones cubistas pero barraca por los cuatro costados. Es penoso y es lamentable que no se haya podido encontrar otro paraje más acomodado para refugio o para sede del fisco local, desde donde con comodidad y eficacia pudiesen atisbar sus agentes el entrar y el salir de las mercancías tributantes. Lo cierto es que se ha destruido el carácter interesante del lugar para producir la extraña impresión de que las numerosas barracas, surgidas en tiempos azarosos y de apremio y ya por sentencia unánime condenadas a muerte, salen ahora, endomingadas y recompuestas, a la puerta única de la ciudad, para rendir pleitesía a esos turistas que tanto debemos procurar atraer.

No se trata pues de los fueros del arte, ni de la arqueología, lo he dicho antes e insisto repitiéndolo, pero sí de los del buen gusto, y esto ya es bastante para una población con los horizontes magníficos de Ceuta. Y si yo fuese la autoridad o la corporación o simplemente el funcionario de quien pendiese la suerte de ese desentonado albergue de las alcabalas ceutíes, me parece que tendría un rasgo generoso para la ciudad: cerraría los ojos, olvidaría el mísero puñado de pesetas que haya podido costar y ordenaría la total destrucción de ese edificio publicano. Nada aprovecharía de sus despojos, ni tan siquiera la placa ondulada de su techumbre. Con ello, devolvería a la Puerta del campo lo poco que ya le quedaba de su gesto heroico y su aspecto típico y además, desde aquel instante habría en Ceuta una barraca menos. Que es unánime y muy juiciosa la opinión de que ha llegado al fin la hora de irlas eliminando.

J. SANTILLANA



Foto Rubio



ANCIANO DE GUELAIA

Dib. de A. Muñoz

ECOS

LOS NUEVOS PRESIDENTES
DE LAS JUNTAS MUNICIPALES
DE CEUTA Y MELILLA.—Una

medida bien recibida y digna de elogio ha sido la modificación de los estatutos de las Juntas Municipales de Ceuta y Melilla en el sentido de hacer asequible su presidencia tanto a las personalidades civiles como a las militares. Consecuencia y aplicación oportuna de la nueva fórmula ha sido la designación de Don José Rosende para la Presidencia de la Junta Municipal de Ceuta y de Don Cándido Lobera para la de Melilla, elección tan acertada en uno y otro caso y que subraya tan felizmente la reforma, que si esta por sí sola no se hubiese merecido el unánime asentimiento, ahora lo alcanzaría por la excelente objetivación que ha tenido.

Rosende y Lobera son dos actividades inteligentes, bien y firmemente orientadas, infatigables y constantes que representan en la actualidad,—aparte de otras significaciones muy loables,—dos labores positivas, robustas y ya consumadas en el Marruecos español: el puerto de Ceuta y «El Telegrama del Rif».

Don José Rosende, ingeniero Jefe de la Junta de Obras de Ceuta, puede decirse que desde hace más de veinte años ha vivido exclusivamente dedicado a esa hermosa obra marítima que es y debe ser la base primordial y amplia de la Ceuta del porvenir; porque siempre mirando hacia el mar acertará Ceuta con su destino.

Rosende ha llevado hábilmente la batuta directora en la ejecución y en el desenvolvimiento de este gran ideal ceutí y español: hacer de Ceuta el primer puerto del Marruecos sujeto a la influencia de España y el puerto indiscutible del estrecho de Gibraltar.

Por cierto, ¡qué magnífico sitio de director este gracioso brazuelo de tierra de Africa, que la blanca ciudad enjoya como si fuese cincelado en plata y que se remata en el cerrillo acantilado del Hacho, gran observatorio del mar y de la historia mediterránea, para que un hombre de talento y actividad pueda poner a prueba su bien ganado título de ingeniero! Desde él Rosende no solo dirigió la articulación premiosa, lenta pero incesante de la tenaza ciclópea que abraza cada día más estrechamente, que acaricia y amansa cada día más amorosamente el soberbio mar, sino que fué celoso y luchador previsor de los días prósperos y grandes y de horizontes despejados para Ceuta. A su iniciativa, a su atención constante y a sus desvelos se deben adiciones y modificaciones que han ido ensanchando y ampliando cada vez más la envergadura y las pretensiones del primitivo proyecto del Puerto ceutí.

Y si Rosende se ha desviado en alguna hora o en algún minuto de su labor directora, ha sido para poner al lado de la obra majestuosa de ingeniería un fino recreo de buen gusto. Sin sospecharlo, desbordaba en sus ocios aficiones de alcalde. Por fuero de conquista su actividad urbanizadora rebasó ya los límites de la zona marítimo-terrestre y se asomó a los umbrales de Ceuta; esta Ceuta que si quiere vivir una vida ancha y plena, tiene que abrir de par en par sus puertas al puerto, y abrirlas, no como quiera, sino francas, engalanadas y risueñas. Hoy los amables ocios de Rosende triunfan a la entrada de la ciudad en el verdor y en el colorido de unos lindos jardines, tan graciosamente situados, recortados y pulidos, con sus rosales seleccionados por exquisitéz inteligente y sus buganvileas exhuberantes. Prometen una gran urbe, pero son como un primoroso pedestal vacío. Y esa es la tarea que espera a la Junta Municipal y a su digno Presidente, ir levantando sobre él la silueta magnífica de la nueva Ceuta. Una Ceuta marítima, mediterránea y atlántica, cuyo pulmón será siempre esa tenaza de piedra que ahoga las iras del mar y cuyo corazón estará tan bien representado en el de este hombre que dedicó sus afanes y su actividad y su talento a la realización de la magna obra marítima y sus descansos a embellecer tan gentilmente esta secular puerta de Africa. Ahora sus jardines—los jardines de Rosende, como la gente los llama—, por donde forzosamente ha de pasar al venir del puerto para ocupar el sillón curul, son su arco de triunfo y un anticipo prometedor de lo que Ceuta puede esperar y espera de su gestión.

No es demasiado fantástica la influencia que en los destinos de los pueblos se suele atribuir al cuarto poder, a la prensa, pero

si en algún factor de la vida nacional puede afirmarse con plena exactitud la importancia y utilidad de la prensa seria y bien encauzada, es en el de los intereses coloniales y en general exteriores. Tanto puede conseguir un gobierno en estos terrenos de la actuación nacional con el concurso de una prensa sincera y sagazmente patriótica que a veces su bien dirigido empleo es decisivo. La utilidad indiscutible y la misma prestancia cultural que reportó para nuestra obra marroquí el contar con un periódico de la seriedad, honradez y altura técnica de *El Telegrama del Rif*, no hay para qué ponderarla: con motivo de sus bodas de plata las personalidades más relevantes de la política y la intelectualidad española han hecho ya su cumplido panegírico.

El hombre que con veinticinco años de prelación se anticipó a sentir y llenar esta necesidad y que hizo participar a Melilla de la ventaja de un portavoz de sus ideales e intereses, tan cumplido y entonado, bien se merecía por esto sólo, regentar hoy la vida administrativa de la floreciente ciudad. Pero a Lobera hay que sumarle además una ininterrumpida serie de incesantes desvelos por el engrandecimiento de Melilla y más allá, por el éxito español en Marruecos, que tienen un largo historial. Allá por el año 1907 un hombre vidente en el porvenir africano español, cuyas proféticas excitaciones hacia la acción española en Marruecos no fueron por desgracia debidamente escuchadas, Don Gonzalo de Reparaz, hacia en su *Política de España en Africa* un recuento, que por cierto no podía ser muy largo, de las pocas iniciativas españolas en Marruecos y allí estaba citado el capitán de Artillería don Cándido Lobera con un primero y logrado intento de oficina de información indígena en Melilla. De entonces acá la tenacidad de Lobera no ha decaído un momento y ni una sola eventualidad en nuestra política marroquí, en nuestros intereses marroquíes o en los de Melilla le han hallado desprevenido ni indiferente.

Ultimamente, cuando el tracto al periodo de paz—cuya efectividad, rapidez y plenitud han causado realmente sorpresa—marcó el momento inicial de una inevitable evolución de las actividades económicas y un necesario mutis en los horizontes de las dos grandes ciudades de soberanía española, el tacto, le experiencia y la actividad de don Cándido Lobera han sido de los primeros para la previsión del porvenir y el encauzamiento de las fuerzas y las aspiraciones de Melilla y la adaptación de todas ellas al ambiente nuevo de la paz.

Hay pues motivos para esperar de uno y otro Presidentes de las dos Juntas Municipales una labor fructífera y bien orientada y dadas sus condiciones, unánimemente reconocidas, de actividad, talento y amor bien probado a las respectivas ciudades de soberanía, ni les faltará el decidido apoyo y concurso de todos sus conciudadanos, ni el éxito franco y positivo dejará de premiar su labor, sin duda ardua y nada ligera, pero en la que el patriotismo y la fe por los ideales hispanoafricanos serán para los dos dignísimos designados el mejor estímulo.

Con toda sinceridad les desea a los dos la REVISTA DE TROPAS COLONIALES aciertos y triunfos en su benemérita gestión.

✱

GRANADA Y LA EXPOSICION IBERO-AMERICANA.—El Centro artístico, literario y científico de Granada, entidad prestigiosa de la histórica y bellísima ciudad andaluza, ha elevado una instancia al Jefe del Gobierno, en la que se recuerda su magnífica tradición que contiene algunos episodios principales del descubrimiento de América y de la unidad nacional, y se solicita con la base de estos gloriosos antecedentes, que se la haga partícipe de las fiestas de la Exposición, celebrando en Granada algunos actos oficiales y festejos públicos, para solemnizar el recuerdo de todo lo que le debe el mundo hispano americano y de lo que en la historia de la civilización española representa.

De este hermoso documento son los siguientes párrafos, alegato en que se resumen los títulos históricos de la ciudad:

«Nadie puede dudar que las carabelas que salieron de Palos recibieron en Granada el impulso espiritual, y que la ruta de Colón arranca desde el Real de Santafé. En Granada descansan los restos de los Reyes que, después de lograr la unidad hispánica, dieron apoyo material al descubrimiento de América; en Granada está, aun sin terminar, el Alcázar del Emperador, en cuyo reinado se ultimó la conquista americana.

Fuera, Excmo. Sr., injusta preterición e inexplicable olvido

que, al mostrar ante los americanos toda la magnificencia de la nación que les abrió las rutas de enlace con los pueblos arios, no se rindiera el homenaje debido a los monarcas que, reuniendo bajo un cetro todos los pueblos hispanos y la rica aportación de la cultura oriental, encauzaron las energías de las dos razas, nuevamente fundidas, a la conquista de aquellos territorios, que ofrecía a su corona la audacia de un navegante, aun hoy de oscura genealogía.

Granada aparece, como nota principal, en el descubrimiento y en la colonización. Nueva Granada se llamó una porción de la tierra conquistada. Santafé se repite como patronímico de muchas ciudades que se fundaron, y ante el César, que veía surgir el palacio que alzara junto al antiguo de Alhamar, se inclinaron, sin duda, virreyes y conquistadores, contando las grandezas de aquellas tierras que ensanchaban a España más allá del Océano inmenso.

Providenciales azares enlazaron el proceso del descubrimiento con la historia granadina, e inexcusable sería el no mostrar, ante los ilustres representantes de las poderosas repúblicas americanas, el humilde monasterio elegido como primera sepultura por aquella reina, a cuyo generoso arranque se debe el que fuera España la que iniciara el descubrimiento del Mundo Nuevo.

No es, pues, Exemo. Sr., atrevida pretensión la súplica de que Granada participe de las fiestas que han de celebrarse con motivo de la Exposición Ibero-Americana. Esta ciudad representará siempre el lazo de unión entre las dos culturas, de que deriva la moderna España. Realzarla es adornar la cuna de nuestra grandeza, y no hay rincón español que con más derecho pueda solicitar, en cuanto se relaciona con la parte espiritual de la colonización de América, el puesto de honor que le conceden su aportación al descubrimiento y los restos gloriosos, a los que sirve de magnífico panteón».

✧

NOTAS DE PROTECTORADO.—*Comunicaciones.*—El Protectorado va a hacerse cargo de las estaciones telegráficas de Villa Sanjurjo, Torres de Alcalá y Punta Pescadores, creadas cuando la ocupación de dichos puntos por nuestras tropas. Facilidades de trámite hicieron que dependieran hasta ahora de la Dirección de Comunicaciones. Sirven actualmente a zonas muy extensas y cada día más pobladas.

La implantación del giro telegráfico en la Zona constituyó un éxito desde el primer momento, reflejándose en el aumento constante del volumen de operaciones a que atienden. Durante el año anterior se expidieron por las estaciones telegráficas de la zona 40.000 giros y se recibieron 70.000 que representan en pesetas más de ocho millones, quedando un beneficio de 75.000 para la Administración.

Respecto a Correos ha quedado abierta la Administración de Xauen que atenderá a una población civil creciente, aparte los indígenas y las tropas del sector. Ha quedado funcionando el servicio de vales de respuesta y tarjetas de identidad en Dar

Drius, Targuist y Villa Sanjurjo. En esta naciente ciudad ha quedado abierta la Caja Postal de Ahorros.

El Giro Postal ha alcanzado durante 1927 la cifra de cinco millones de pesetas españolas y uno en hassani.

Bienes Majzen.—Ha quedado ultimada la revisión de todos los contratos Majzen sobre fincas urbanas. Aunque el aumento que se ha realizado sobre la renta de dichos inmuebles no ha sido extraordinario, esto ha permitido obtener una recaudación importantísima. La medida tiende además a impedir la especulación que se venía haciendo sobre las casas Majzen, especialmente en negocios de subarriendo que resultaban muy saneados para algunos.

Respecto a las fincas rústicas, ha comenzado la revisión, y actualmente los topógrafos adscritos a la Dirección de Intervención Civil están efectuando operaciones de deslinde y levantamiento de planos de aquéllas, para entregarlas cuanto antes a la colonización.

Es de esperar que la acción de este negociado contribuirá a la consolidación de los derechos inmobiliarios en la zona y, por consecuencia, facilitará y adelantará la obra civilizadora.

Sanidad.—Han quedado ultimados los proyectos relativos al Centro de Instituciones sanitarias. En este se establecerá una Escuela de practicantes y enfermeros indígenas de ambos sexos. En pequeño, ya se viene realizando esta labor en la misma Dirección de Intervención Civil que con tanto celo y competencia desempeña el señor Aguilar, y ya hubimos de señalar la actuación meritisima de las tebibas preparadas por el Inspector de Sanidad, Sr. Delgado, que viene vacunando la población femenina y realizando otras funciones de practicantes muy útiles.

También quedó concluso el proyecto de estación sanitaria de Alcazarquivir, en la que irá el servicio de despiojamiento y desinfección.

Al Hospital civil de Tetuán se le ha dotado de un sifilicomico con 16 camas, servicio que urgía atender y que quedará completamente organizado cuando se termine la construcción del nuevo edificio.

Enseñanza.—En breve quedará terminado el nuevo Grupo escolar en Alcazarquivir, habiéndose acordado mantener, en el que hoy se dan las clases, dado el crecimiento de la población escolar en dicha ciudad y con el fin de atender a la instrucción del elemento español e israelita.

En breve, también se inaugurará la nueva Escuela de Artes e Industrias de Tetuán. La Dirección de Intervención se propone dedicar el edificio actual a escuela de niños de ambos sexos.

Otros asuntos.—Se procura imprimir la mayor actividad a las obras de la nueva Cárcel, Junta de Servicios Municipales e Intervención Local y Casas de Correos y Telégrafos, esperándose queden terminadas en el plazo de un año.

Respecto al nuevo edificio destinado a Dirección de Intervención Civil se espera poder inaugurarlo coincidiendo con el cumpleaños de S. M. el Rey, o sea el próximo día 17 de Mayo.





Tánger.—El Tesoro.

Foto Blanco

Las negociaciones sobre Tánger



ACUERDO FRANCO-ESPAÑOL

Las lentas y laboriosas conversaciones franco españolas a propósito de Tánger han llegado a buen término. El acuerdo firmado en tres de este mes puede considerarse como un éxito diplomático de nuestro Gobierno. En realidad, las modificaciones al Estatuto que España y Francia van a proponer, como consecuencia de este acuerdo, a las potencias cosignatarias son garantía bastante

de que desaparecerán los riesgos que imponía a la seguridad de nuestra zona la especial situación de aquella ciudad y su campo exterior. Hay que apreciar, pues, lo mucho que se ha conseguido, teniendo en cuenta, de un lado, la positiva ventaja que para nuestra posición en Tánger resulta del recién firmado acuerdo, más evidente, si se considera lo principal que es la función policiaca en una ciudad sometida a un régimen como el de Tánger, y de otro lado, la actitud irreflexiva, pero intransigente, adoptada con respecto a este problema por el colonismo francés, que ha tenido que obrar como una gran resistencia en la actitud concesiva de M. Briand. Esta visión binocular da la medida del acierto con que se ha llevado la negociación por nuestra parte, y pone de manifiesto la sagacidad de nuestros representantes que, dentro de un prudente realismo, han sabido adaptar a un ambiente difícil las necesidades de nuestra política marroquí.

Al tributarles el aplauso que merece su ardua y bien llevada gestión, es preciso, sin embargo, producirse con alguna reserva, según acertadamente ha preconizado el Jefe del Gobierno, para que el gesto satisfecho no inicie la prescripción de los derechos sobre Tánger que en su día alegará de nuevo España.

Esto es preciso que quede bien sentado, y que se evidencie

con una claridad diáfana y no susceptible de equívocos. La negociación ha sido llevada con una equilibrada habilidad por nuestro Gobierno, pero lo conseguido no colma las legítimas pretensiones de España; es un paso decidido, seguro y concienzudo en el camino que ha de llevar a ellas; es un progreso sensible respecto a la situación anterior; es una victoria diplomática, porque supone, en algunos órdenes, el tácito reconocimiento por parte de Francia de la primacía de los intereses españoles en Tánger. Pero no es la victoria final que España desea y a la que España tiene derecho. Cuando caduque el Estatuto habrá que volver a plantear las cosas en su integridad y para ese momento, que será como un recurso de revisión del viejo pleito tangerino, España debe conservar sin menoscabo ni flaqueza la imprescriptible voluntad y la prioridad evidente de su derecho, que ahora, con los resultados de la negociación franco española, adquiere un realce mayor y encuentra una posición más firme y más segura para después.

Todas estas consideraciones no valen ni valdrán en modo alguno, como ya se ha dicho y para regatear los sinceros aplausos a que se ha hecho acreedor nuestro Gobierno y con especialidad su Presidente y Ministro de Estado General Primo de Rivera, así como sus colaboradores más inmediatos, destacándose entre ellos el General Conde de Jordana, Director General de Marruecos y Colonias y nuestro embajador en París y negociador Sr. Quiñones de León y demás encargados o cooperadores de la negociación que han sabido tramitarla con diplomática pericia y gran acierto. También merece señalarse la sensata actitud de la prensa y de la opinión pública en España que aprecia todo el volumen de la obra realizada por este Gobierno en Marruecos y que se ha dado cuenta de lo que en esta magnífica obra de pacificación y ordenación representan las mejoras ganadas para España en el Estatuto de Tánger.

LOS EMBUSTEROS



El diálogo es una de las más altas gracias del espíritu. Los moros lo cultivan mejor que nosotros o, por lo menos, de una manera más amorosa, más desinteresada, más deportiva. Les gusta, como nada, el delicioso juego de hablar por hablar. El experto objetivo de Ros ha sorprendido en toda su espontaneidad uno de esos interminables chauchaus tetuaníes, que dejan pasar las horas vagas envueltas en un ligero tejido de cumplidos, de cuentos, de insinuaciones, de cábalas, de confidencia, de embuster y de fantasía.

Foto Ros.

Visita del Embajador de Francia a la Zona Española de Marruecos y del Alto Comisario Español a la Zona Francesa

EL viaje del Embajador de Francia a nuestra zona, continuado a la vecina en unión del Alto Comisario, resulta de una oportunidad que nadie puede desconocer. Acaba de firmarse el acuerdo franco español respecto a Tánger que disminuye el roce en el principal punto de fricción existente entre las dos potencias protectoras. Los periódicos franceses han dado un vuelo que la prensa española no ha considerado oportuno seguir, a las consecuencias que para la amistad de las dos potencias suponen las que enuncian como concesiones francesas a las aspiraciones españolas. El planteamiento de la cuestión, mejor dicho la elección del momento en que fué expuesta a la consideración internacional, constituye a nuestro juicio la base de este éxito diplomático de nuestro Gobierno. La visita del conde Peretti de la Rocca al Protectorado de España y la del Alto Comisario español a Rabat en unión del ilustre diplomático francés, parecen los últimos acordes de una marcha triunfal en honor del éxito español sobre Marruecos que como es natural no se contrae a la mejora de nuestra situación en Tánger, si no a la superación de todos los aspectos del viejo problema.

Es muy conveniente que los moros vean unidos a los representantes de las dos naciones protectoras. Solu-



del *yebel* o del *bled* llegó a atisbar una crisis de esa amistad con motivo del debate tangerino. La abonaban y estimulaban infor-

maciones y comentarios, como siempre tendenciosos, de los periódicos colonistas. Por parte de estos la actitud ha sido completamente equivocada. La experiencia de estos últimos años ha demostrado cuan contraproducente era que una de las naciones interesadas en la empresa marroquí atacara el prestigio de la otra. Si Abd-el-krim no hubiera encontrado complacencias y regocijados estímulos de un sector de la prensa gala, seguramente no se hubiera registrado el derribamiento del Uarga y la marcha sobre Fez. Francia se hubiera ahorrado tres mil millones de francos y varios miles de vidas.

Hoy el moro sabe que debe contar con sólo su esfuerzo. La ayuda extraña, mantenida la estrecha vigi-



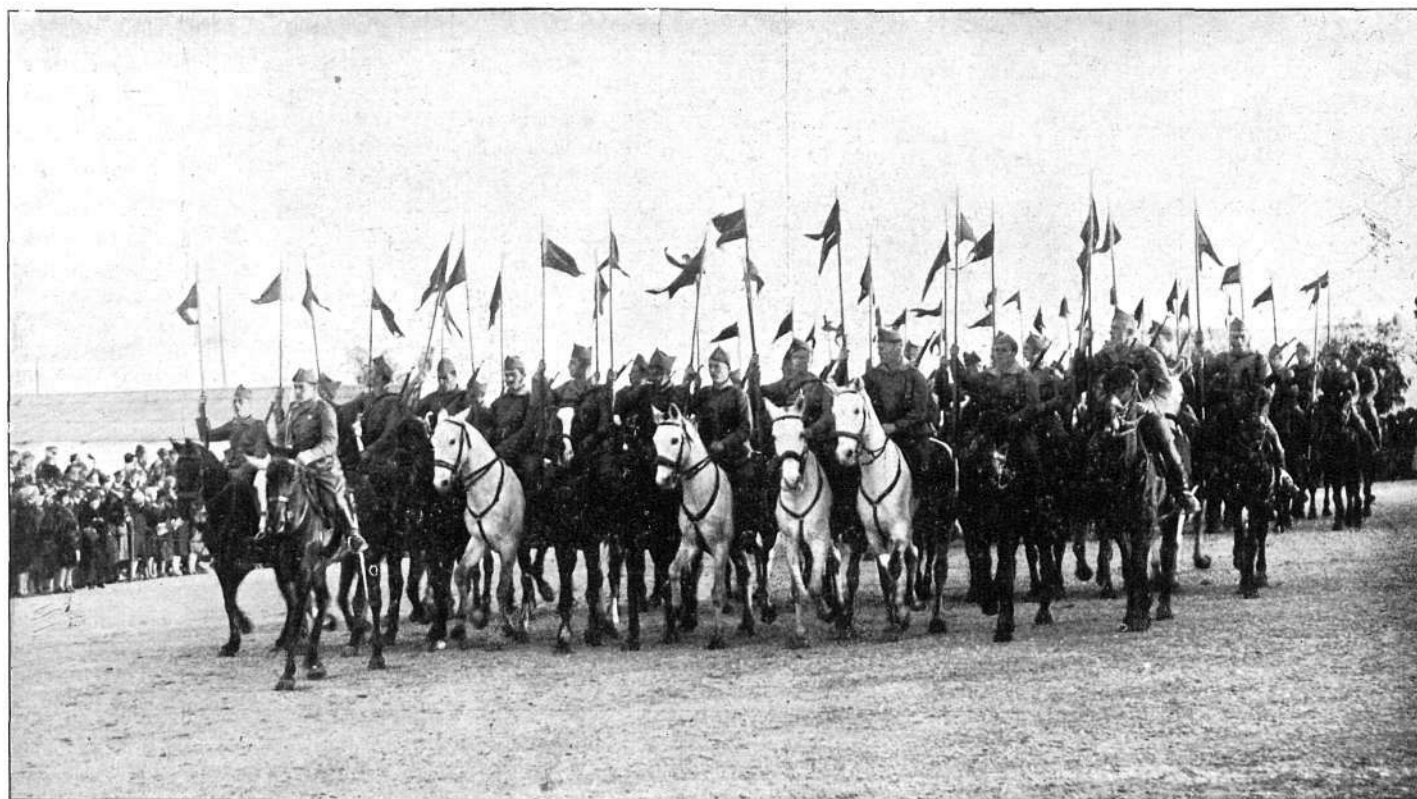
lancia de los puntos de acceso a Marruecos, debe llegar atomizada. El ejercicio del control en nuestras manos, sobre Tánger ha sido un rudo golpe a las rebeldías actuales o en potencia, y es una garantía para el porvenir que puede considerarse a cubierto de las intrigas y manejos que antes alcanzaban desproporcionados vuelos por el estado de indefensión en que se encontraba la retaguardia de nuestra zona a efecto de la internacionalización de Tánger. En la actualidad, nuestra política marroquí se halla establecida sobre bases firmes y seguras, que robustecen las anchas esperanzas que se le han abierto.

Pero el viaje del general Sanjurjo y del Embajador francés por todo el viejo Imperio Filali no va dirigido exclusivamente a los indígenas. Como decía con justeza el ilustre diplomático al que esto firma, obedece a la «necesidad de que los españoles y franceses de Marruecos nos vean juntos». El colonismo donde se muestra más virulento es en las colonias. Y si se trata de una empresa de dos socios y son latinos, como en este caso, la susceptibilidad colonista llega a revestir caracteres peligrosos para la finalidad que se persigue. Por vivir en el foco les falta a unos y otros la sangre fría necesaria para enjuiciar exactamente respecto a planes y procedimientos. No pueden tener tampoco una visión de conjunto. Los ataques más ariscos a nuestra gestión han venido de los periódicos publicados en la zona francesa. Y el ritmo mensurado que se ha impreso siempre a la prensa de nuestro Marruecos constituye ejemplo de cordura y acertado golpe de vista respecto a nuestros verdaderos intereses. Si nosotros nos

hubiéramos dejado arrastrar por espíritu de desquite, sentimiento muy natural, hubiéramos devuelto a nuestros amigos centuplicada la bilis que nos hicieron tragar, hasta que el poderío rifeño amenazó con causarles un daño, infinitamente mayor que el que hubiera padecido España, en el caso de quedar colmadas todas las ambiciones de Abd-el-krim. Estas consideraciones destacan la verdadera importancia de la visita del ilustre diplomático francés, que no es una mera cortesía internacional, sino un testimonio del acuerdo que, por encima de toda otra diferencia, existe entre las dos potencias protectoras en Marruecos, acuerdo que ahora, al iniciarse las conversaciones sobre las reformas del Estatuto de Tánger, tiene una alta significación, y que, además, demuestra la actitud de leal colaboración con que el Gobierno de París desautoriza los excesos de la prensa colonista francesa y reconoce la gloriosa parte que España ha tenido en la pacificación actual de Marruecos.

La visita del representante diplomático francés, como antes la de Mr. Steeg y la del glorioso mariscal Petain, ha servido también como dijo en su discurso de Tetuán el general Sanjurjo, para que pueda apreciarse con cuanta lealtad colabora España en la obra marroquí. El paso por las ciudades y por los campos del Marruecos español, completamente tranquilo y pacificado, le ha permitido comprobar la continuación del esfuerzo de nuestro país, que dejadas las armas, entrégase con entusiasmo igual al que antes ponía en la fase bélica de su gestión, a restañar los dolores de la guerra colonizando el país y civilizando a sus habitantes.

Emilio L. LÓPEZ



En el zoco de Tetuán



Nada atrae tanto al turista como la contemplación de buenas fotografías del país que aspira a atraerle. La cámara fotográfica nos permite soñar a todos con espléndidos éxitos artísticos, porque su tecnicismo, tan complejo y difícil cuando alcanza la meta del arte, le parece al profano cosa baladí y fácilmente asequible, a más de que es grande ya el número de los iniciados en su manejo que pueden ser tenidos por maestros en él. El caso es que las buenas fotografías junto al interés y al encanto que un país como Marruecos despierta en el ánimo de todo viajero son un acicate para la pretensión, muchas veces lograda, de añadir al grato recuerdo de la expedición el trofeo de algunos aciertos en este arte tan compañero del buen gustador de viajes. Por eso es tan de estimar el concurso del fotógrafo en toda propaganda de turismo y atracción hasta el punto de que a veces una buena fotografía sabe ganar más visitantes que un largo artículo literario.

Foto Roy



EL JOLOT



STA cabila, acaso la más importante de todas las que España protege en el Norte de Marruecos, está limitada al Norte por la de El-Garbia, al Este con las de Beni-Gorfet, Ahl Sherif y Eshona, al Sur con la zona francesa y al Oeste con el Océano Atlántico.

Mide poco más de 1.600 kilómetros cuadrados aproximadamente lo mismo que la provincia de Guipúzcoa. La población que en 1913 se señalaba de cuarenta mil habitantes es mucho mayor en la actualidad. Solamente en las dos ciudades cuenta con los cuarenta mil habitantes que hace catorce años se atribuían a todo el territorio.

La cabila de El Jolot políticamente se divide en varios distritos que mencionaremos más adelante. Geográficamente existen tres zonas: la oriental, la central y la occidental.

En el oriente, formado por los flancos de las montañas de Sarsar, hay buen arbolado. Madroños, alcornoques, pinos, álces, encinas y robles.

En el Oeste existen terrenos arenosos con marismas y otros que, desecados convenientemente, pueden rendir pródigas cosechas, y en la dilatada campiña que forma la región central de El Jolot crecen toda clase de cereales, gran abundancia de hortalizas y variedad de árboles frutales.

La vega alcazarquivireña es la tierra rica donde la colonización ha de dar sus mejores frutos, con la ventaja de hallarse en condiciones de recibir ya a los colonos.

Paz, abundancia, abastos existen. La colonización convertirá en una extensa y magnífica huerta estos terrenos de labrantío.

Ya dijimos que no todo era hueso que roer en nuestra zona protegida. Aquí está El Jolot para demostrarlo.

Viñedos y limonares constituirán dos cultivos de gran importancia en la vega fecunda de Alcazarquivir. De inmejorable calidad son las naranjas que se producen y en nada tienen que envidiar a las de las huertas de Murcia y de Valencia, y la canti-

dad que se puede recoger de ellas—hoy ya es considerable—permitirá una provechosa exportación del dulce fruto.

En esta misma campiña del centro de El Jolot abundan las colmenas. Una granja agrícola bien montada puede sacar con poco trabajo, un buen rendimiento de miel y de cera.

La ganadería es otra de las riquezas del país, lo mismo el vacuno, que el lanar, caballar, asnal y cabrío.

El ganado de cerda está ya introducido en El Jolot y su cría constituirá otro de los grandes recursos de esta zona verdaderamente privilegiada.

Las fracciones en que está dividida la cabila de El Jolot son cuatro nada más (Aus-l-Araich, Fashfash, Tilig y Ulad Sleman), pero los indígenas siguen considerando la existencia de doce divisiones:

El Suala, Ulad Amram, Edu Aixa, Ulad Seitum, Ulad Ilul, Ulad Yacub, Bjeir, El Belud, Ed Drisa, Ulad u Chta, Sangran Artan y El Akba.

Parece ser que la ocupación por España de territorios tan fértiles como los que constituyen la cabila de El Jolot debía haber provocado una resistencia guerrera por parte de sus kabitantes.

Por el contrario el bajá de Larache El Ermiki facilitó el desembarco de nuestras tropas de ocupación y su marcha hasta Alcazarquivir en momentos que codicias ajenas estuvieron a punto de hacernos perder lo que en derecho nos pertenecía.

A pesar de la fertilidad del suelo de esta cabila que desde su ocupación hasta la fecha ha sido leal amiga de España, el habitante moro es pobre pudiendo ser rico.

No tienen grandes poblados en el campo, pero sí numerosos aduares.

En Alcazarquivir se celebra el zoco cada domingo y no bajan de diez mil los moros que llegan a la ciudad a vender los productos del campo y a comprar en los tenderetes de la calle Real y adyacentes cuanto precisan en sus chozas.

No toda la tribu de El Jolot está colocada bajo el protectorado español. Todo el Sur del río Lucus pertenece a la zona

francesa o sea desde el paralelo 35 hacia abajo menos el Yebel del Gadí que por considerarlo necesario para la defensa de Alcazarquivir en el momento de la ocupación fué adjudicado a España, quedando desde la citada ciudad de Alcazar hasta la frontera francesa seis kilómetros de distancia constituidos por terrenos fértiles que pueden ser admirablemente utilizados por los pequeños colonos o por la compañía que tome a su cargo la colonización de El Garb.

Larache y Alcazarquivir merecen capítulo aparte dada la gran importancia que cada una de ellas tiene para la obra colonizadora que ha de emprenderse en la cabila de El Jolot.

Este territorio un año después de la ocupación exportaba a Inglaterra 4.000 quintales de lana de excelente calidad. Esta exportación puede tomar nuevos rumbos y el ganadero de El Garb puede considerar por la cifra citada—susceptible de ser aumentada considerablemente—el buen negocio que supondría una hábil cría de ganado lanar.

La naranja española está buscando nuevos mercados además de los de París y Londres casi acaparados por Valencia. Nuestros inteligentes representantes en Rumania se han preocupado por la colocación de tan grato fruto en Bucarest y Yanín principalmente y la Europa Central debe consumir también la naranja española superior a la de Italia y a la de Provenza.

La que hoy produce la vega alcazarquivireña no es, ya lo hemos dejado apuntado anteriormente, en nada inferior a la de nuestras huertas levantinas.

El naranjo constituirá acaso la mayor riqueza del colono, pues el fruto de El Garb puede ser vendido en todos los mercados europeos como fruto de Valencia sin temor a que los consumidores se llamen a engaño.

Austria, Hungría, los Balcanes y Alemania deben ser los futuros consumidores de la naranja de Alcazarquivir, lo mismo que de las granadas, éstas un poco inferiores a las de España, pero también muy sabrosas.

El precio medio del ciento de naranjas durante el invierno último (enero de 1927) ha sido en el mercado de Alcazar de cuatro pesetas hassani y el cambio aproximado de esa moneda sesenta céntimos españoles la unidad, o sea que el ciento de naranjas ha venido a costar menos de dos pesetas y media compradas al por menor. Se hace constar que esta es la cotización más alta alcanzada hasta la fecha. Al por mayor podría comprarse un ciento de naranjas en Alcazarquivir por lo que en un mercado español cuesta una docena.

Preferimos consignar este dato a publicar una estadística de producción por otra parte nada fácil de hacer en Marruecos.

Dada la calidad de la tierra, el viñedo arraigaría perfectamente en ella. Ya hay parras, en algunas huertas pertenecientes a españoles, que dan una excelente uva de la llamada moscatel.

Si agregamos a todo esto que la hortaliza y el cereal se producen de muy buena calidad en el territorio de El Garb, se comprenderá fácilmente por qué abogamos por la creación de un nuevo Orán en los tres bajalatos de Arcila, Larache y Alcazarquivir.

Luis Antonio de VEGA



Operaciones agrícolas en la granja de Larache

En el zoco de Tetuán



EL DARCAUA VA DE COMPRAS

Foto Roj



Tetuán.—Jardines de la Residencia del Alto Comisario

Foto Lázaro

Figura de Interventor

ACTIVIDADES Y CONOCIMIENTOS



AS mal que bien, aunque con mucho deseo, si es que con poco acierto, he querido pintar en las páginas mismas de esta Revista, lo que atrevidamente llegué a llamar entonces «FIGURA DE INTERVENTOR». Allí expresé algunas de las principales cualidades, que entre otras muchas, exigidas por misión tan compleja, han de existir, a mi leal entender, en un buen personal interventor. Y hoy, volviendo sobre tema como este, quisiera expresar y quisiera saber hacerlo bien, lo que yo entiendo por actividades de un buen Interventor en el campo y por conocimientos que ha de necesitar poseer.

* * *

Comienzo obligado me parece, el sentar, que las actividades de un Interventor en su cabilia, son de todo orden y en su extensión llegan a todo. Precisamente esta multiplicidad de atenciones y deberes, es la que indudablemente hace, por una parte, que sea muy difícil la misión, y por otra, que para ella sean precisos unos conocimientos, cuya suma quedará bien expresada diciendo, que convendrá sea la mayor posible, aunque aun así, aun poseyendo esa suma de conocimientos, necesitará el Interventor, tiempo, para contrastar en la realidad, lo que haya llegado a aprender.

La cultura general de un Interventor, ha de ser pues abundante; tan abundante, que con ella evite que, en el desarrollo de su misión, las incidencias se sucedan y salpiquen su camino a recorrer.

Yo creo, por tanto, que el Interventor ha de serlo todo y de todo ha de saber lo suficiente, ya que a todo, como antes digo, le ha de llevar su actividad. Y así creo primeramente, que no ha de bastarle ser naturalmente discreto,—otra de las cualidades a exi-

gir—, sino que ha de saber acompañar su discreción, de habilidad para el trato y de diplomacia para su actuación.

Además, creo, que a su ingenio y actividad que tanto me encariña y alegría encontrar, ha de unir, como acompañamiento obligado, unos conocimientos generales, para que sin ser,—pongo por ejemplo—, arquitecto ni constructor, se halle capacitado, sin embargo, para no caer ni aun rozar el terreno de la ignorancia, al llegar al planteamiento de temas, a los que su natural ingenioso y activo pueda llevarle. Precisamente he citado y puesto por ejemplo, uno de los aspectos, que ahora como antes y antes como ahora, ha tenido y tiene lugar muy principal en la atención de los Interventores; y al que la Oficialidad que por las Intervenciones viene pasando, ha sabido ciertamente dar cima airosa.

Así es como, en presencia de la Oficina, que con escasa consignación hubo de levantar, de la aguada que su entusiasmo le llevó a planear, de la cuadra que ideó construir, muros y ventanales, techumbres, piedras y azulejos, alturas, dimensiones, resistencias y presupuestos, ¡oh terror!, suenan en sus oídos cual palabras amenazadoras de su tranquilidad de profano.

Este es, pues, uno de los casos en que el Interventor se encuentra en presencia de problemas reales, que no soñó siquiera tener que resolver algún día, y que en cierto modo vienen a probar, como aquí no cabría hacer nada, con funcionarios ni con procedimientos de gobierno, esencialmente propios de la metrópoli; cuando los problemas a resolver aquí son tan distintos, porque tan diferentes son las costumbres del país a gobernar, y tan diferentes son también sus leyes, los hábitos que presiden su vida; los principios de su religión, hasta la razón aparente de la existencia de este pueblo, y hasta el mismo fundamento de nuestra misión aquí.

Pero aun ha de precisar conocer mucho más, para que, en la senda a recorrer, su actuación interventora fructifique y se logre.

Agricultor y economista; conocedor de la síntesis de la producción de las tierras y del cuido, fomento y reproducción de los animales; sabedor de los principios que rigen la economía de los países en general y la local del país en que vive. Conocimientos todos especiales, que le exigen sus actividades especiales de Interventor.

Porque su actividad y la fortaleza física que ha de acompañarle, al hacer desfilar en sus recorridos frecuentes, ante sus miradas observadoras, las mieses de los campos y las reses que sobre ellos viven, le ha de poner en contacto con estos problemas reales y no menos urgentes e importantes. A más de que habrá de contestar a preguntas y responder a informes, y hasta marchar en consonancia con elementos técnicos civiles, que en este orden como en todos los demás, son los verdaderamente llamados al desarrollo de planes y proyectos, de los que al Interventor,—entiéndase bien,—solo corresponde: primero, la iniciación, los primeros puntales que pudiera decirse; y luego, la vigilante atención, la facilitación y el medio.

* * *

Pues aun a estos conocimientos que me atrevo a decir que son de cultura general y obligados para el fomento de intereses y mejoramiento general a introducir, habrán de añadirse otros más, que ha de comprender su cultura especial de Interventor.

Sabido es, que, arabista, conocedor del árabe, lo suficiente al menos para poder establecer el imprescindible contacto directo con el indígena, le hará ser la obligada afición y el obligado desempeño de su misión voluntaria. Palabras que suenan en sus oídos, en lengua que no es la suya; cosas tan distintas que en su retina toman forma; medio ambiente en que ha de vivir y que hasta entonces desconoció. Todo lo impone así. Y será también diplomático obligado, y conocedor de leyes y costumbres, y de una religión que es el apoyo y fundamento de este pueblo que presenta cofradías poderosas y privilegios notables e interesantes, que matizan la doctrina religiosa haciéndola sin igual, y conocedor de un derecho tan variado y como su ley, tan religioso y fanatizado, y de la propiedad del país; de sus clases, de las especiales formas de dominio y de cesión; de la transmisión del derecho de propiedad; de instituciones tan sin semejanza con otras como el Habús; de las diversas clases de impuestos y sistemas de percepción; de cuestiones mil en fin, peculiares de estas gentes y de nosotros desconocidas.

Y conocedor también, de la Geografía del que fué Imperio de Marruecos, rama fundamental de un buen saber; y de la Historia antigua de este país, y de su formación a través de invasiones sucesivas que dejaron rincones con los fueros de sus costumbres seculares que el invasor respetó, y de la Historia moderna de este Imperio, en el que el proceso de descomposición ha sido generador de los más descarnados desenfrenos y ha sido muestra del más evidente apetito internacional.

Todo esto y mucho más, le es preciso conocer a mi juicio al personal interventor.

* * *

Por otra parte, seguir un orden, en la enumeración de las actividades de un Interventor, no lo creo preciso. Pretender expresarlas todas, sin olvidar ninguna, me parece difícil, ya que serán tantas como facetas pueda presentar la vida de las poblaciones indígenas intervenidas, y éstas serán naturalmente muchas. Escribiré, pues, un poco atropelladamente; más, por tanto, con cariño y afán que con método y orden.

El Interventor, para mí, ha de tener, entre sus muchas misiones, la de vigilar sin descanso la labor de las autoridades naturales del país: la de aconsejarlas en sus resoluciones; orientar la práctica de su mando, discreta, veladamente, aplicando en toda su pureza los principios puros de Protectorado, *de consejo, inspec-*

ción, vigilancia, pero no intervención directa; atento siempre a cortar con igual discreción y tacto todo abuso, toda injusticia o atropello, que a cometer tiendan dichas autoridades, arrastradas por costumbres pasadas de las que aun puedan no haberse olvidado. Y todo esto, conociendo y procurando conocer a unos y a otros, apoyando con el peso de su autoridad interventora las propuestas o sanciones de aquellas autoridades, a las que procurará reservar el conocimiento de los asuntos y la oficial resolución de los mismos, pero sin dejar de vigilar el desarrollo y el ejercicio de la justicia y el mantenimiento del derecho de cada cual.

Y en otros órdenes hará de todo.

Hará plantar unos árboles, que deberán ser cuidados con cariño y vigilados con constancia, percatado del bien que realiza y del ejemplo que da; conseguirá y hará que se arreglen caminos que el agua y el barro vuelven con frecuencia intransitables; levantará la fuente amorosa al borde del sendero, brindándose al que lo cruza; la obra modesta en el zoco, lugar de contratación para el indígena, de observación para el Interventor; guiará la propaganda entre el elemento indígena del país, para el mejoramiento de las especies animales, por la cubrición de sementales, la iniciación de procedimientos superiores de cultivo, que la noble tierra sabe siempre agradecer.

El Interventor por consiguiente, ayudará con su obra de paz a la tranquilidad de los espíritus durante años atormentados por la anarquía primero, por la guerra después. Luchará el Interventor, valiéndose de los elementos sanitarios, contra la mortalidad en general y la infantil que aterra conocer; aconsejará prácticas de higiene en el vivir y de afición al hogar mejor; llevará de esa forma, a almas rudas y por la fuerza taimadas, al acatamiento de las leyes y al respeto de las autoridades, haciendo al par que desaparezcan en ellas instintos atávicos de rebeldía; disipando así nuevos sueños de desenfreno, matando ansias, extirpando reminiscencias, haciendo en una palabra, labor toda de paz, de sosiego; labor difícil y con riesgos.

Cuidará también el Interventor de establecer bases de trabajo y de conocimiento, obteniendo datos, cifras, haciendo estadísticas, todo lo que pueda y deba decir lo que hay, lo que la cabila tiene, lo que la cabila debería tener.

Y también será misión suya, y a ella llevará su actividad, fomentar y crear escuelas, pero sin otra cosa que como pasos primeros en la senda educativa, huyendo de escuelas que el sentimiento religioso pueda rechazar; y también ayudar a la Hacienda del Majzen, con el percibo igual para todos, justo y legal, de los impuestos, que son muestra evidente de soberanía.

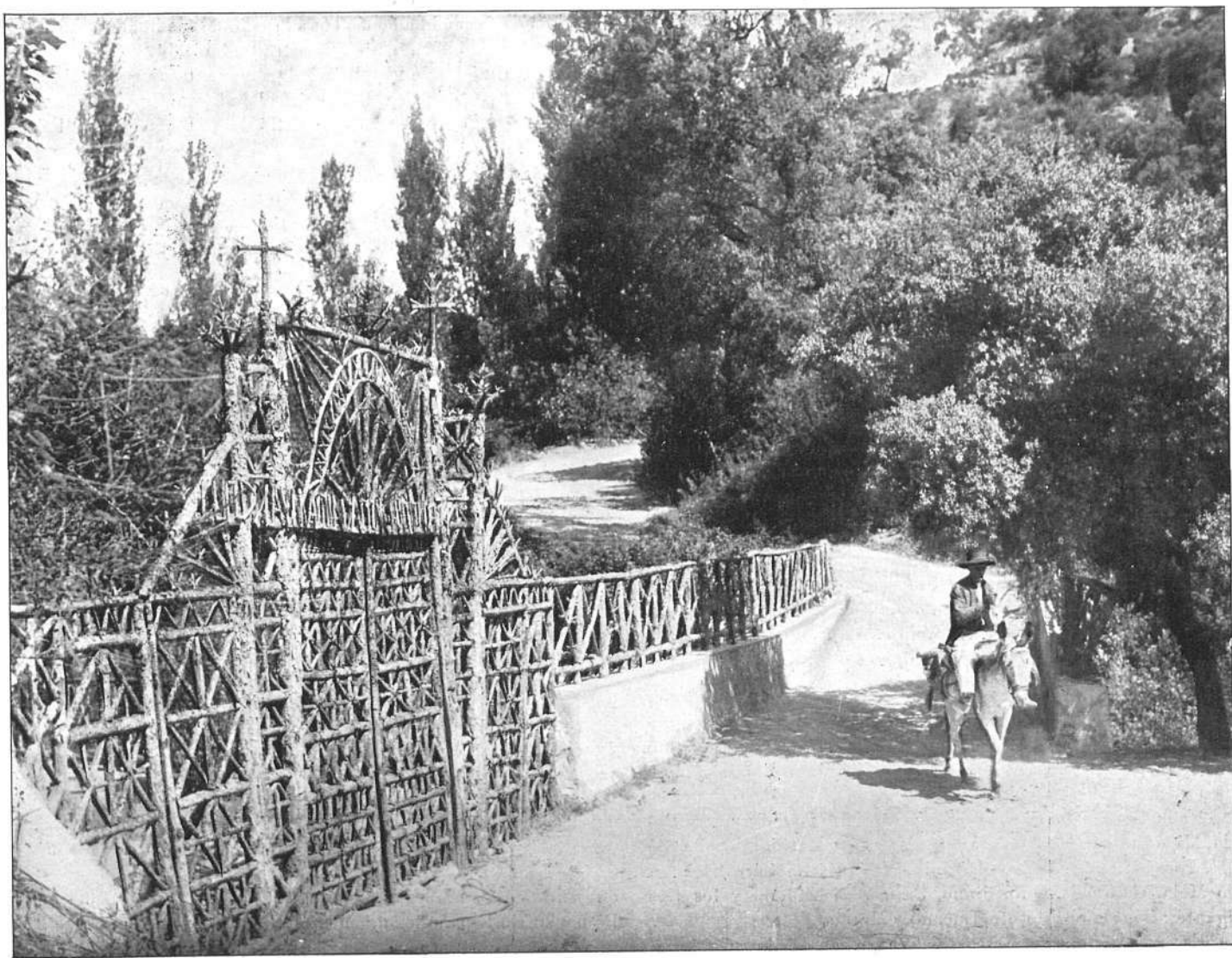
Será, en fin, poder fuerte que garantice el orden, el desarrollo del derecho, el ejercicio de las profesiones y de las libertades individuales; garantía de paz y seguridad; puntal sólido y fuerte del Protectorado.

* * *

Más, mucho más, podría decirse sobre las actividades a tener y los conocimientos que han de poseerse, pero sólo he pretendido establecer líneas generales, ya que sólo el hablar e insistir sobre estos temas tan de actualidad es lo que puedo perseguir.

Con lo apuntado, puede tenerse la seguridad, de que labor que así y con esa base se inicie ha de ser fructífera y conveniente. Así será como el Interventor podrá tener la cabila abonada para recibir al elemento colonizador, al europeo, al español, me gusta decir mejor, dispuesto aquí como en tantos lugares del mundo, y ahora como siempre, a regar calladamente las tierras, con las gotas de sudor caídas de su frente de trabajador modesto de todas las latitudes, en las que igualmente supo ser soldado, y a contribuir—esta vez para su Patria—, a la formación de un estado de prosperidad, como los que su esfuerzo ha sabido en silencio engendrar en otros lugares, que no son nuestros.

Arturo JIMENEZ
Capitán de Infantería
De la Oficina Central de Intervención
y Tropas Jalfianas de Tetuán.



¿ANDALUCISMO ARABE, o ARABISMO ESPAÑOL?

I



El despertar del Islam va a ser uno de los acontecimientos del siglo xx. Desde la India misteriosa hasta las calcinadas arenas del Sahara, los pueblos musulmanes sienten el hervor nacionalista que pone ante sus ojos el señuelo de la independencia patria; tarde o temprano llegará, y entonces, diversas naciones europeas querrán hacer valer sus títulos, para ser—con

los beneficios anejos—las directoras espirituales de la evolución que incorpore a esos pueblos al ritmo de la cultura y del progreso.

¿Permanecerá España indiferente en esos momentos? No debe hacerlo. Por su vecindad con los pueblos del Africa del Norte, por las relaciones que con ellos ha tenido, y sobre todo, por haber sido su territorio base de una esplendorosa civilización musulmana, es por lo que tiene derecho y debe aspirar a servirles de guía.

Eso en cuanto a los títulos que pudiéramos llamar históricos, pues actuales o próximos deberá presentar colonizada nuestra Zona de Marruecos en forma, que el día que los musulmanes repasen los títulos de las naciones acreedoras a su afecto, no importe la escasa extensión de territorio colonizado, sinó como se haya hecho.

La colonización es casi toda obra de los gobiernos; pero la puesta en valor de los títulos históricos es incumbencia de los ciudadanos, que deben obrar con prudencia exquisita, para evitar, que por conseguir problemáticos resultados, se produzcan daños irreparables.

Eso está sucediendo como lo prueba el llamado andalucismo

árabe, nombre con el cual se ha bautizado la propaganda de los títulos históricos. Ese nombre implica dos ofensas; una para las regiones que dieron su aportación a la cultura islámico española; otra, para Andalucía misma.

El alma de Andalucía no es árabe; Andalucía es crisol que ha fundido cualidades de distintos pueblos, al calor de la llama de su ingenio; querer desfundir lo que los siglos han fundido, es pretender un imposible.

El espíritu andaluz, por su flexibilidad de adaptación, se asemeja a las palmeras que sobre el enhiesto y vigoroso tronco tienen la copa abierta a todos los vientos.

De esa flexibilidad, de ese espíritu asimilista, debe seguirse un andalucismo complejo, como compleja es Andalucía por su suelo y por su historia. Como muy bien dice un distinguido ingenio granadino: «Andalucía ofrece los más varios contrastes. Praderas verdes como evocaciones helénicas; valles amplios, sombreados y humedecidos por aguas hermanas de las del Jordán; montañas rapadas y grises como sierras africanas.»

«Sobre su suelo quedan piedras romanas; en su aire se dibujan las curvas gráciles y ténues de las arcadas árabes, y alterna la potencia anhelante de lo gótico, con el placer armónico y satisfecho de lo puro renaciente. Queda en ella el sentido claro y sesudo de Roma; el calor vivo y la pasión sensible de Oriente; la cristiana emoción medioeval, y la huella imperiosa del catolicismo.»

Luego si el *andalucismo* ha de ser expresión del alma regional, producto de tantas mezclas y fusiones, tendrá que ser un andalucismo a secas, sin calificativos de ninguna clase. Calificarlo de árabe, es erróneo; porque ni Andalucía debe su personalidad a los árabes, ni son arábicas las manifestaciones de su pensamiento. El exámen de la historia de Andalucía, nos enseñará cuando ha

surgido su personalidad, y como se ha manifestado la misma al través de todas las edades, sin desgarrar la unidad de la cultura peninsular.

Si alguna región de Europa puede por la ranciedad de su historia, figurar entre las regiones próceres, Andalucía es una de ellas. Los hijos de Sidón nos traen su cultura, al mismo tiempo que sus hermanos depositan en Grecia los primeros gérmenes civilizadores. Merced a los fenicios, Andalucía entra en los dominios de lo mítico, en esa época en que los dioses se mezclan con los hombres, para ayudarles a dar sus primeros vacilantes pasos en la tierra. Con ese pueblo comienza Andalucía a sufrir servidumbre de paso a favor de la cultura: a través suyo pasaron a las Galias gérmenes fenicios.

Nuestros primeros colonizadores, nos dan cultura a cambio de riquezas, aunque según alguna teoría, también la recibieron, ya que los turdetanos les enseñaron a leer, pues en Andalucía, y no en Fenicia, pone la cuna del alfabeto.

El trato con fenicios, griegos y cartagineses, afina el fino ingenio andaluz, que rápidamente se romaniza al contacto de los hijos del Lacio. Andalucía sigue el mismo camino que sus dominadores: primero estudia griego; luego latín. En Córdoba lo aprendieron aquellos poetas que encantaron a Metelo Pío, que al terminar su campaña contra Sertorio, les lleva a Roma en la que agradaron sus versos, aunque no la manera de recitarlos; pero, si los oídos romanos extrañaban la dicción de Tito Livio ¿cómo no había de herirles el acento de los ingenios cordobeses?

El acento cordobés, que tanto extrañó a los romanos, más tarde les impuso leyes. Exhausto el genio latino para mantener el brillo de la edad de oro de su Literatura, recurrió a los ingenios hispánicos, que ejercieron durante la edad de plata, como dice Menéndez Pelayo «una especie de dictadura literaria, cuyo cetro estuvo en la familia de los Sénecas.»

Nada tan brillante como el espectáculo que dió nuestra Patria. Mientras los Galias ofrecen a Ausonio y Rutilio, España dió a M. Porcio Latrón, J. Cayo Higinio, Séneca el Retórico, Pomponio Mela, Columela, Quintiliano, Silio Itálico Floro, y los tres gigantes: Séneca el Filósofo, Lucano y Marcial.

Esa pléyade de hombres ilustres presentó a España en el mundo de la cultura, formando parte nuestra Patria desde entonces de la civilización occidental, fundamentalmente latina.

En el proceso de romanización, Bética dió la nota aguda. Bajo las águilas romanas surgió briosamente la personalidad de Andalucía, con caracteres indestructibles. De los nombres antes citados, fuera de Quintiliano, Marcial y Cayo Higinio, los demás eran andaluces: S. Itálico, sevillano; P. Mela y Columela, gaditanos, y el resto cordobeses.

Dieron la nota aguda con acento andaluz, español. Se observa en ellos un individualismo poco amigo de cánones y reglas; en los Anneos descuella la característica cordobesa de todos los tiempos de transición o decadencia: la oscuridad. Caen en ella buscando la originalidad en el abuso de la pompa y vano énfasis del lenguaje, retorciendo además el sentido de las palabras. Oscuridad que se da en ellos el siglo I de nuestra era, en el IX bajo la dominación musulmana en Alvaro Cordobés, en el XV en Juan de Mena, y en el XVI con Góngora.

La sombra augusta del filósofo cordobés se proyecta todavía sobre nuestra región: Andalucía entera respira senequismo. De Séneca a Ganivet, el dramatismo y el solitarismo senequistas, forman parte de la esencia andaluza.

Esencia formada además con el genio de sus hombres políticos. Gracias exclusivamente a nuestra región, obtuvo España en Roma las primicias de la política; el primer extranjero que obtuvo la dignidad consular en Roma fué el gaditano Lucio Cornelio Balbo, así como el primero que vistió la púrpura imperial fué Trajano: de Itálica.

Esos hombres ilustres no fueron casos aislados de latinización, sino producto de una Bética absolutamente romanizada: «Imaginemos aquella Bética de los tiempos de Nerón—dice Menéndez Pelayo—henchida de colonias y municipios, agricultora e industriosa, ardiente y novelera, arrullada por el canto de sus poetas, amonestada por la severa voz de sus filósofos; paremos mientes en aquella vida bullente y externa que en Córdoba y en Hispalis remedaba las escenas de la Roma imperial, donde entonces daban la ley del gusto los hijos de la tierra turdetana, y nos formaremos un concepto algo parecido al de aquella Atenas, donde predicó S. Pablo».

El espectáculo de aquella Bética, culta y rica, captaba las simpatías de la metrópoli. Cuando los grandes geógrafos entretenían a la sociedad romana con el relato pintoresco de las costumbres de los pueblos de entonces, al hablar de nuestra región sólo lo hacen para llenarla de elogios. Estrabón refiere entusiasmado, que los turdetanos tenían poemas y leyes escritas en verso de millares de años de antigüedad; Plinio dejó insigne testimonio de la cultura de los andaluces. Tan acusada fué la personalidad de la Bética que Augusto hizo de ella una provincia independiente. Otón le agregó la Mauritania Tingitana «acto cuya importancia para España—dice Ortega y Rubio—no ha sido apreciado como es debido».

Predicado el cristianismo en España por los siete varones apostólicos, fuera de S. Segundo que quedó en Avila, los demás se establecieron en Andalucía. Durante esta etapa produjo a Draconcio, y a Osio, el famoso Obispo de Córdoba, y presidente del primer concilio nacional reunido en Iliberis (Granada).

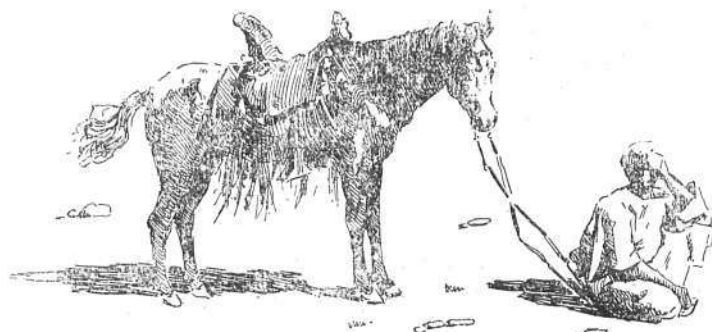
De las indicaciones transcritas se deduce, que la personalidad de Andalucía surgió bajo el poder romano, siete siglos antes que viniesen los árabes a nuestra Península. Caído el poderío de Roma, sufrió España los mismos estragos y desolaciones que las invasiones bárbaras causaron en el resto del Imperio, y cuando aun no se había disipado el humo de los incendios, vuelve a ser Andalucía la antorcha de la cultura peninsular con la escuela cristiana de Sevilla, en la que se educó y floreció el resumen pasmoso de la ciencia de aquel tiempo: San Isidoro.

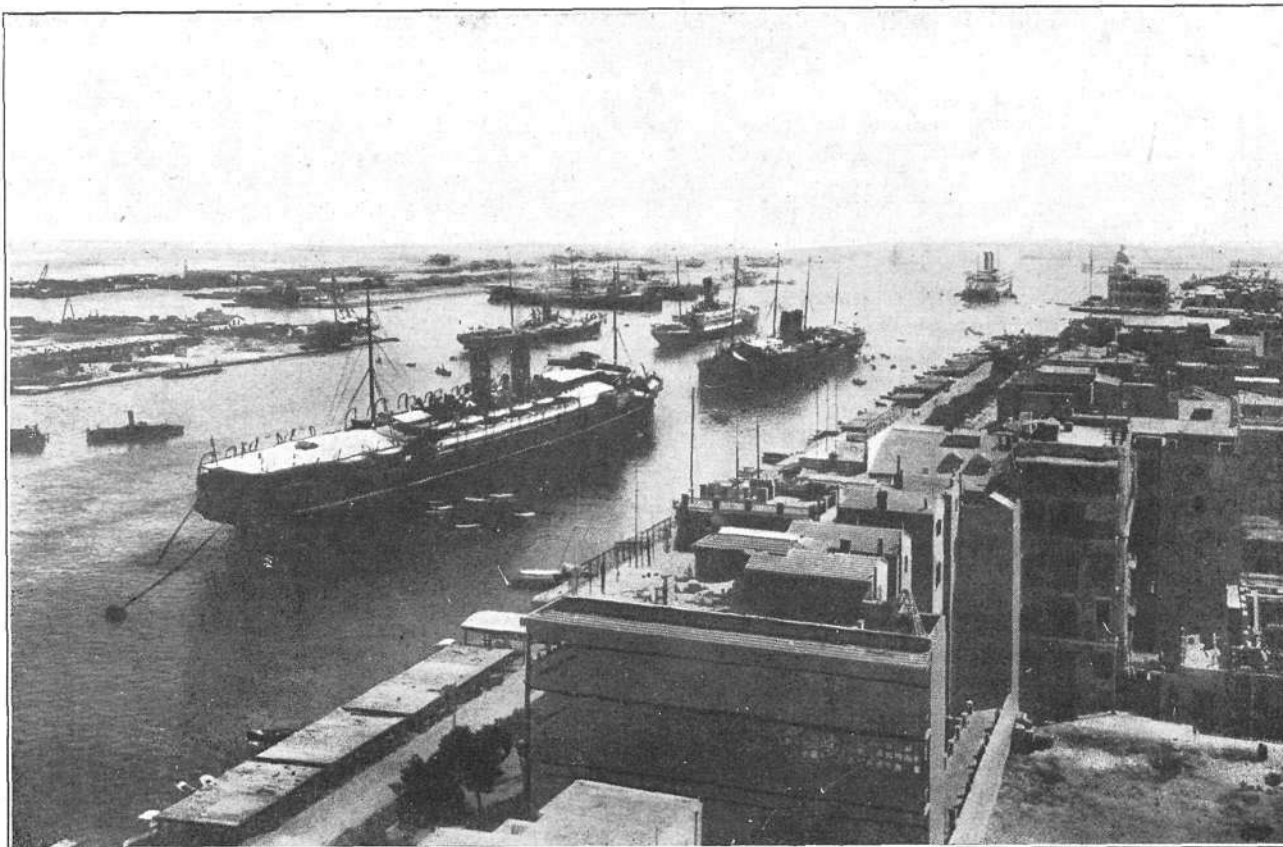
L'ardente spirito d'Isidoro—como dijo Dante—iluminó las nebulosidades de aquella época con su portentosa sabiduría, perdurando su influencia hasta el siglo XII, lo mismo entre los mozárabes de Córdoba, que entre los reinos cristianos de España y de Europa.

No hay que decir siquiera, que eran isidorianos ardientes los ilustres prelados que en los Concilios de Toledo trazaron la constitución político social de la monarquía visigótica, deshecha para siempre a orillas del río Barbate.

Y llegaron los árabes a España, que ve florecer en su suelo la flor exótica de una cultura islámica. Mientras en Europa sólo se oye el estruendo de las armas, en los misteriosos palacios de Córdoba sólo se escucha recitar poesías: parece que algunas Musas han hecho su morada en la ciudad de los Abderramanes; en ella los Califas eran eruditos, los príncipes bibliotecarios, los guerreros literatos, los poetas ministros, y la mejor gala del harén la poetisa ingeniosa y culta.

Humberto F. CORTACERO HENARES





El Canal de Suez.

La política imperial de Inglaterra



SPaña hace poco más de un siglo gobernaba un vasto imperio. Era, como Inglaterra hoy, la primera potencia colonial del mundo. Tan segura estaba de la firmeza de su dominio que no tuvo inconveniente en prestar apoyo a los colonos ingleses de Norteamérica insubordinados contra su metrópoli por razones de índole más administrativa que política y en trance de fun-

dar, después de no pocas vacilaciones y titubeos un Estado, mejor dicho, una unión de Estados, dotada de una vitalidad que entonces nadie sospechó. En unos pocos años, sin embargo, se alteró por completo este orden de cosas y se desbarató el inmenso imperio, deshaciéndose en una serie de guerras menudas y crueles. Fué una emancipación turbulenta y precoz la de aquellos jóvenes pueblos de la América española. Rapidísima, además, como digo. Quince años bastaron para consumarla. Quince años y, bien es verdad, el concurso de algunas muy especiales circunstancias. La invasión francesa y la renuncia de Bayona que instituyó la meteórica dinastía napoleónica, plantearon en España, y lo mismo en sus colonias, la cuestión de la soberanía. Desconocida por los más la del Rey José, se alzó en todos los rincones de España, y lo mismo en sus colonias, el poder espontáneo y ocasional de las Juntas de gobierno. Las Juntas obraban en representación y defensa de Fernando VII que, confinado en Valençais, vegetaba en el hermoso palacio de Talleyrand y no tenía reparo en felicitar a Napoleón por el triunfo de sus armas en España. Complicó esta brava y ruda pugna la intrusión de las ideas del siglo. Las Juntas que luchaban encarnizadamente contra el poder de los invasores se impregnaron de la doctrina alumbrada por la revolución francesa. Los bellos teoremas de derecho público que acababa de resolver la revolución se asomaron a la península por la Constitución de Cádiz, en cuyas Cortes actuó, por cierto, un *partido americano*, que llevaba un programa de muy amplias reformas, pero que no se proponía una independencia entonces todavía apenas entrevista. El regreso de Fernando VII puso término a aquella situación interina y, de rechazo, a la constitución y a las Juntas. Los liberales, víctimas de una dura represión, puesta de acuerdo con la política europea dirigida por Metternich, fueron encarcelados o desterrados. En América comprendieron que no tenían más escape que la independencia, y engrosaron las filas de la

insurrección que empezó a tomar cuerpo y a organizarse seriamente, porque hasta entonces apenas había consistido más que en chispazos sueltos, bandas y motines. Muchos liberales españoles apoyaron a los criollos. Y las guerras de América conservaron hasta casi el final su carácter de guerras civiles y tuvieron una fisonomía muy parecida a la de las que, años más tarde, habían de ensangrentar el suelo de la península con el interminable pleito dinástico. Seguramente no hubieran terminado como terminaron con la victoria de los insurrectos, a pesar de la palabra encendida y de la voluntad tenacísima de Bolívar, a pesar del magnífico *raid* de San Martín, a pesar del escandaloso negocio de la compra de los barcos rusos destinados a someter las levantiscas colonias y que, apenas llegados a Cádiz, tuvieron que ser desguzados por lo inservibles que estaban, a pesar de la misma situación de España empobrecida y debilitada por la reciente ocupación francesa, porque los criollos levantados en arma no tenían fuerza bastante, ni aun con el clandestino auxilio de Inglaterra y con el menos encubierto de los Estados Unidos, para hacer frente a los recursos de un estado organizado y secularmente poderoso. Fué preciso un episodio de nuestra política interior para decidir la suerte de la guerra y precipitar los acontecimientos. En 1821 tenía el gobierno de Fernando VII un ejército de 20.000 hombres, dispuestos a embarcar rumbo a América para atender los insistentes requerimientos del general Morillos que pedía refuerzos. Entre los oficiales expedicionarios había muchos liberales que conspiraban, y uno de ellos, el Coronel Don Rafael de Riego, a quien este arranque suyo hizo célebre, se destacó del cuerpo de ejército con su regimiento y se pronunció en el Cerro de San Juan, proclamando la Constitución de 1812 e inaugurando así *los tres mal llamados años* en que Fernando VII fué rey constitucional. Con este imprevisto giro de los acontecimientos, el Ejército expedicionario no embarcó para América. Las tropas españolas fueron perdiendo terreno cada día. Y así vino enseguida Ayacucho. Y luego la declaración de Monroe.

Yo aconsejaría a M. Amary, Ministro inglés de Colonias, que diera un rápido repaso a la historia de la independencia de la América española. Reconozco que el consejo es excesivo; pero en las cavilaciones de un gobernante prudente han de estar todas las posibilidades, y lo cierto es que el Imperio colonial de Inglaterra ha entrado en un período constituyente, quizá en una crisis tan grave como la que empezó para la América española en 1808.

Bien entendido que la semejanza se limita a la gravedad, porque, en lo demás, las circunstancias son muy distintas. Si se toman, como es metáfora usual, conceptos de derecho privado para considerar las relaciones entre los pueblos soberanos y sometidos, cabría decir que los países hispanoamericanos son hijos naturales de España, engendrados en la entraña de esquivas civilizaciones vírgenes, a las que atropelló y fecundó con una formidable virilidad que no tiene precedentes más inmediatos que Arabia y Roma; hijos de su sangre, que recibieron con ella el espíritu, el habla, las virtudes, los defectos y hasta los caracteres corporales de su progenitora. España, por lo tanto, se encontraba hace un siglo ante América, como un padre ante el coro rebelde, pero aun así entrañable, de sus hijos. Su actitud entonces, y lo mismo antes y después, debía responder a un problema de caracteres homogéneos y sencillos, aunque de muy vastas proporciones. Aquellos inmensos Virreinos y Capitanías generales que corrían desde la nevada cuenca del Oregón sin más solución de continuidad que el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Hornos eran una sola cuestión política. Y el hecho de que España, a principios del siglo XIX equivocara su actitud respecto a América y, como tantas otras veces, tuviera, además de su error, desgracia, no resta fuerza, ni realidad ninguna a la facilidad fundamental del problema que seguramente con la sola aplicación de principio y medidas más adecuados se hubiera podido desviar hacia otros cauces con resultados equiparables, para citar un ejemplo, a los del Canadá, o evitando, por lo menos, la precipitada emancipación de los pueblos hispanoamericanos, tan evidente que en alguno de ellos aun se acusa su falta de aptitudes para el libre ejercicio de la soberanía.

El caso de Inglaterra es, como ya he dicho, muy distinto. Inglaterra no ha engendrado pueblos: los ha adoptado, siquiera haya que atenuar el alcance de este símil, porque se trata de una adopción *sui generis* y *a fortiori*. Obsérvese que entre los grandes pueblos colonizadores Inglaterra es la última que empezó sus empresas. Francia le había precedido en Norteamérica lo mismo que en la India. Pero la buena estrella de Napoleón desvió las miras francesas de los países lejanos, concentrándolas, más ambiciosas, en Europa. Inglaterra, que había tomado ya alguna ventaja, aprovechó con fortuna esta oportunidad, y dedicó atención preferente, sobre todo en la serie de gobiernos conservadores que va desde Pitt hasta éste de Baldwin, a las cuestiones coloniales. Francia seguía desentendida. Durante casi tres quintos del siglo XIX no emprendió más aventura de importancia que la de Argelia, la cual, si ha acabado siendo modelo de colonización, empezó y fué durante mucho tiempo un desastre militar y económico. El segundo imperio retrajo las ambiciones del primero, y Luis Napoleón se sintió, como otro tiempo su tío, árbitro o poco menos de los destinos de Europa, gracias, ya que no a la fuerza de las armas, a sus aptitudes diplomáticas. El desastre del 70 fué una brusca vuelta a la realidad desde este bello sueño, apenas turbado antes más que por las salpicaduras de alguna fantasía política, como aquella desdichada expedición a Méjico. Entonces fué cuando Francia, para reponerse de la derrota, volvió con enorme entusiasmo, especialmente por obra del Presidente Ferry, a su vieja tradición colonial. Inglaterra había ocupado lo mejor. Francia se tuvo que conformar con el resto. Y cuando Alemania, que después de su victoria pensó por un momento contentarse con la primacía europea arrebatada al Emperador francés, se dió cuenta de la importancia futura de la política colonial y quiso, según frase de Bismarck, ocupar su sitio al sol, se encontró con que ya no quedaba apenas nada aprovechable, lo mismo que la recién integrada Italia, que tuvo que conformarse más a regañadientes aún y peor servida que Alemania. Digo todo esto para explicar cómo Inglaterra siendo en el tiempo de empezar el último de los grandes pueblos colonizadores modernos, es el primero en el espacio. Y vuelvo al símil de la adopción.

Si se exceptúan Australia, colonia fundada y sostenida durante mucho tiempo con presidiarios, y el núcleo originario de los Estados Unidos, y aun quizá sin salvar siquiera estas excepciones, Inglaterra no ha engendrado pueblos, ha adoptado países, pero no con las profilácticas intenciones tutelares que suelen caber dentro de la adopción, sino con fines preponderantemente utilitarios. Su táctica ha sido casi siempre la misma. La acción de una gran compañía colonizadora ha iniciado la intervención. Esta compañía ha encontrado un apoyo seguro en el gobierno, que le ha proporcionado incluso oficiales del ejército para organizar su policía. Protegida y hábil ha ido desenvolviendo sus

redes y extendiendo el radio de su influencia; y cuando ya el sostenerla ha sido empresa superior a sus fuerzas, habiendo en peligro intereses ingleses, ha acudido el Gobierno en su defensa, ha ocupado, para mejor lograrlo, el papel de la compañía colonial, ha asumido los derechos políticos que ésta hubiera conseguido y ha consolidado así un nuevo *dominion* que añadir al Imperio. La política a seguir luego se inspira en el mismo criterio utilitario. El gobierno inglés no intenta cambiar esencialmente el panorama social del país intervenido más que en aquello que sea necesario a los intereses de Inglaterra. Envía funcionarios activos y poco papeleros, militares, comerciantes, ingenieros y misioneros anglicanos que forman, salvo quizá estos últimos, un pequeño mundo aparte sin más contacto con los indígenas que el estrictamente indispensable para la prosperidad de la colonia. Si éstos han intentado resistir, encuentran una repulsa enérgica; si se resignan a su suerte, una respetuosa autonomía, más o menos amplia, según las circunstancias y las exigencias de la explotación inglesa. Este sencillo sistema de colonización, propio de un pueblo de mercaderes y navegantes, que para su perfecto juego requiere un instrumento tan poderoso y decisivo como la escuadra inglesa con sus largas constelaciones de bases y escalas, tiene un vicio de origen, porque está fundado en la codicia. Pero las concupiscencias son virtudes públicas cuando hay en ellas habilidad bastante para hacer que la propia prosperidad dependa de la prosperidad general, cuando no esquilmán, sino que enriquecen a los demás. Y es evidente que las concupiscencias de la colonización inglesa están en esta subida categoría de virtudes públicas.

Considerado desde otro punto de vista, el sistema de colonización inglés da por resultado una situación completamente opuesta a la que tuvo que afrontar España en 1808. Esta no tenía entonces más que un sólo gran problema americano. Inglaterra, en cambio, para coordinar su política colonial ha de atender y resolver una serie heterogénea de dispares y particularísimos problemas locales, que dependen, aparte de otras especialidades, del distinto grado de desenvolvimiento y de la intensidad con que se acusa la personalidad de cada una de las colonias. De todo esto puede derivarse una interesante consecuencia; y es que así como España, después de un siglo de haberse disuelto su antiguo imperio colonial, conserva vínculos tangibles y evidentes, no por lo sentimentales que son menos efectivos entre ella y los pueblos hispanoamericanos, Inglaterra, cuando se desintegre el coro ya indocil de sus *dominions*, que un día u otro será, no tendrá ese poderoso lazo de la sangre que hace vencer a la vuelta del tiempo los rencores, los resentimientos y los odios nacidos al calor de la inevitable lucha por la independencia, y que determina un estado de concordia y de solidaridad como el que actualmente existe en el mundo hispano americano, exagerado seguramente en los excesos oratorios de sus propagandistas que responden, no obstante y hechas las necesarias atenuaciones, a una irrefutable realidad.

Pero aunque el actual momento está lleno de dificultades para la política colonial inglesa, esta hora suprema de la liquidación de su Imperio es probable que esté muy lejos todavía. He dicho antes, sin embargo, que la actual crisis colonial de Inglaterra se podía comparar a la que el año 1808 abrió para España en América. Probablemente ésta de ahora es más grave por lo menos en su planteamiento. Júzguese si no: La India está sujeta desde 1919 a la *India Act*, que le da un régimen con la autonomía indispensable para que pueda estar representada en la Sociedad de Naciones como otros *dominions* más evolucionados. La *India Act* tiene un carácter provisional y una duración de diez años, al cabo de los cuales—por tanto, en 1929—debe modificarse en el sentido de consolidar el *self government*. El gobierno inglés ha querido adelantar los acontecimientos y ha enviado antes de expirar el plazo una comisión parlamentaria, presidida por el liberal Sir John Simon para estudiar las modificaciones que convenga establecerse en esta carta constitucional. Como respuesta a esta prueba de buena voluntad por parte del gobierno de M. Baldwin, el leader nacionalista Lala Lajpat Raj ha declarado en la Asamblea de Deli que los hindúes no tienen ninguna confianza en la buena fe de los ingleses, que reclaman la completa liberación del país y que la Asamblea debe ignorar por entero la existencia de la comisión parlamentaria inglesa. Los violentos incidentes de Bombay y Calcuta, recogidos por la prensa de todo el mundo, que ha referido el recibimiento hecho a los parlamentarios ingleses y las inequívocas y expresivas muestras de disgusto con que acogía su presencia en las calles, en consonancia con las manifestaciones

de *leader* nacionalista, muestran la rápida evolución de este partido, que ha perdido su fe en las místicas pasividades de la no-cooperación, preconizada por Gandhi, y que se dispone, como bien a las claras demuestran estos hechos, a emplear medios más directos y más eficaces. La nueva fase o, mejor dicho, la nueva táctica del nacionalismo indio, envenenado en estos últimos años de represión, aunque discreta y hábil, rigurosa, constituye una grave amenaza para Inglaterra en Oriente. La posición de la ínfima minoría inglesa que se sostiene sobre la enorme multitud del hormiguero indio, ha sido siempre de un equilibrio poco estable y constituye una admirable lección de política colonial. Pero como esta multitud está cada día más intranquila y peor resignada a soportar la lucrativa tutela de sus mentores, es evidente que los ingleses tendrán que exceder su ciencia y su experiencia colonial y superar su lección para conservar el equilibrio.

Egipto, por otra parte, ha rechazado el proyecto de Tratado que proponía In-

glaterra, y que, aceptado en principio por el gobierno del Cairo, no ha sido aprobado en el parlamento por la mayoría nacionalista. Esto ha obligado a Sarwat Pacha a dimitir, y al rey Fuad a encomendar la formación del nuevo gabinete al *leader* nacionalista Mustafa Nahas quien al hacerse cargo de las responsabilidades del poder en momentos difíciles, ha hecho manifestaciones terminantes:

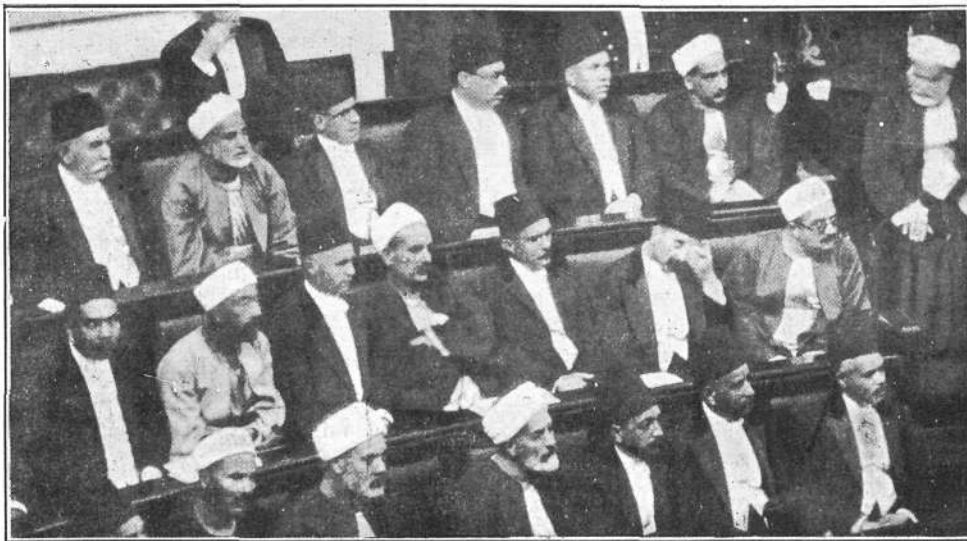
«Egipto—ha dicho—no ha formado parte nunca del Imperio británico, y el hecho de que se encuentre en el camino de la India, no significa que por ello se haya de ver privada de su independencia. Esta es un derecho natural que nos pertenece. Queremos tratar con Inglaterra en un pie de igualdad y como amigos. La mejor salvaguardia de los intereses ingleses es una amistad confiada y un Egipto independiente y fuerte». Claro es que Inglaterra no lo entiende así. La seguridad del Imperio exige una celosa vigilancia del canal de Suez y no puede transigir con nuevas concesiones sobre la administración mixta del Sudán, ni casi sobre la intervención de las relaciones exteriores de Egipto. Así es que rechazado el proyecto de tratado, Inglaterra parece dispuesta a considerar que las cosas vuelven a la situación que tenían cuando la declaración de 1922, en la que el gobierno británico hizo saber a las potencias extranjeras que Inglaterra consideraría como acto no amistoso todo ataque a Egipto o toda intervención armada en el suelo egipcio, asumiendo la entera responsabilidad de la protección de los súbditos extranjeros en Egipto. Esto es en términos más breves y precisos el protectorado, del que Egipto se creía ya definitivamente libre y al que sin duda opondrá una resistencia decidida, si es que intenta Inglaterra llevar a vías de hecho la amenaza.

Pero si las relaciones anglo-egipcias están en un punto de tensión, cuyas ulteriores consecuencias es imposible aún entrever, la intervención inglesa en Arabia, al otro lado del Mar Rojo y en las bocacalles, por tanto, del mismo importantísimo camino de la India, tropieza con más graves y no previstas dificultades. Aunque las últimas noticias parecen tranquilizadoras, no quedan bastante al descubierto los secretos designios del sultán del Nedyed que, esgrimiendo el arma poderosa del fanático puritanismo uahababita, ha ido engrandeciendo sus dominios, que se extienden hoy desde las orillas del golfo de Acaba—junto a la Transjordania y en las inmediaciones del Canal—hasta las fronteras del Yemen, y cruzando el desierto hasta el Golfo Pérsico en las inmediaciones del puerto inglés de Coveit, y que con fintas y amagos, desmentidos después por seguridades de toda clase, pero en seguida apuntados de nuevo, según el mejor estilo de la diplo-

macia árabe, amenaza el equilibrio de la organización inglesa en Asia Menor.

Hasta hace pocos meses, uno de los tópicos que más frecuentaba la prensa colonial inglesa era el contraste entre la estable y ya organizada situación de los mandatos ingleses de Transjordania, Palestina y Mesopotamia y los problemas sin solución que Siria planteaba a la administración francesa. Hoy sigue en pie la cuestión siria, pero los comentaristas franceses anotan con satisfacción las mayores dificultades que de súbito han surgido en Asia Menor para Inglaterra con las extrañas maniobras de Ibn Seud, figura arrogante y ya legendaria, que parece ser hoy el centro de ese crisol de civilizaciones que ha sido la Arabia. La política inglesa de después de la guerra en la península arábiga había tenido fortuna, pero no era tan congruente y tan segura como habían hecho presumir hasta hace unos meses sus resultados. Parece, aunque no sea más que uno de esos rumores a los que no es

posible dar la necesaria confirmación, que hasta hubo un momento en que dos ministerios ingleses—el *Colonial Office* y el *Foreign Office*—subvencionaban respectivamente a Ibn Seud y Husein, reyes rivales, que aprovecharon las libras inglesas para hacerse una guerra, de la que resultó el destroñamiento de este último, el más adicto desde



Escaños del parlamento egipcio

siempre a la intervención inglesa, y la anexión del Heyás por Ibn Seud, que consolidó así su poder y obligó a Inglaterra a negociar con él un tratado de paz y amistad, sobre cuyo exacto cumplimiento por parte del rey árabe hay ahora serias dudas, que nadie más que el tiempo se encargará de despejar. Es explicable, sin embargo, que la política inglesa de Arabia haya vacilado en esta y otras contradicciones más. Lo impone la peculiar fisonomía de aquella población, disuelta en el inmenso tostadero del desierto, y extrañamente ligada, no obstante, por una bravía, esquivada y fortísima unidad social. Lo que ocurre es que si de estas vacilaciones no resulta, en definitiva, el acierto, la elección del mal camino en la enervada conduce a desenlaces que pueden ser luego inevitables. Pruébelo el clarísimo ejemplo recordado al principio de los últimos días de nuestro imperio americano.

Estas rapidísimas alusiones a los tres principales problemas coloniales que tiene ahora en pie Inglaterra, evidencian, a pesar de su obligada brevedad, todo el volumen de la actual crisis colonial inglesa. Cualquiera de ellos, si falla la solución que con todo su enorme acopio de recursos escoja el Gobierno británico, puede ser por sí solo un disolvente «sálvese el que pueda» en el haz cada día menos apretado, aunque más extenso, de los intereses exteriores de Inglaterra. Las gallardías del Gobierno del Cairo, las masas imponentes del nacionalismo indio, la extraña y desconcertante esgrima árabe de la política de Ibn Seud podrían imaginarse, fundiéndolas, como un nuevo dragón tricéfalo contra el que ha de arremeter la lanza vencedora de San Jorge. Sería inútil ejercicio el de ensayar pronósticos ahora. Pero no conviene terminar sin dejar dicho que, aun siendo este dragón tricéfalo enemigo de mucho más poder que el separatismo americano, al que hace un siglo tuvo que dar cara España, lo probable es que Inglaterra que tiene hoy recursos inmensos, y más si se comparan con la penuria nuestra de entonces, encuentre manera de superar las dificultades presentes y de conservar aun en medio de otras mayores, la integridad económica de su imperio, que tiene todavía, porque ella supo dársela, una vital y elástica agilidad juvenil, capaz de aflojar lazos sin romperlos.

Juan ORTEGA COSTA

REVISTA DE LIBROS

Inspección de Sanidad Civil.—Profilaxis del
paludismo.—Contribución a la lucha contra
esta enfermedad. ~ ~ ~ ~



Nuestra Zona de Protectorado la lucha antipalúdica no había revestido aun el carácter de cruzada que por su importancia merece. Bien es verdad que la guerra, ha hecho diverger por mil necesarios caminos los esfuerzos de la Sanidad y que ésta se ha desvivido por mantener la salud que tan grave riesgo corre donde existe un ejército en operaciones, ya de por sí predispuesto a todo género de epidemias, pero mucho más si los focos de ellas son tan abundantes como los que pueden proporcionar nuestros antiguos rebeldes, dados sus deficientes servicios higiénicos.

Muy mermadas han sido por el paludismo las filas de nuestros soldados y bastante también las de la población civil y bien saben los que hayan tratado nada más que un poco con indígenas cómo a ellos les causan verdaderos estragos las calenturas.

Se hacía pues indispensable, ahora que con la paz acabaron las dificultades y ahora que existe verdadera relación entre el pueblo protector y el protegido, organizar de una manera disciplinada la lucha antipalúdica en la Zona.

Para esto era necesario que alguien con autoridad completa hiciera un llamamiento a los médicos que ejercen su profesión en la Zona estimulándoles a que redoblaran sus energías y aportaran sus datos hacia una única acción y una dirección común de la cual deberían emanar después las instrucciones precisas para el mejor éxito de la campaña. Además hacía falta interesar tanto a la población civil del pueblo protector como a la del protegido en este problema sanitario, y lo mejor para ello podía ser proporcionarles una ilustración acerca del asunto, por medio de una campaña divulgadora.

La Inspección de Sanidad Civil del Protectorado ha publicado recientemente un folleto que denomina «*Profilaxis del paludismo.—Contribución a la lucha contra esta enfermedad.*».

En él, un interesante prólogo del Inspector de Sanidad Civil expone con perfecta claridad el fin que el folleto se propone: hacer llegar a conocimiento de todos la intensidad del peligro que supone para la raza el abandono en que se tienen la aplicación de los poderosos recursos que la higiene nos ofrece para evitar esta enfermedad, que por derecho propio fué incluida, hace mucho tiempo, dentro del grupo de las enfermedades evitables.

Escrito en una forma clara y agradable se lee todo él con gran interés y todos, aún los más torpes para comprender estas cuestiones, pueden darse perfecta cuenta de lo que representa para la sociedad el paludismo.

Ya sería bastante mérito el de haber conseguido medios tan

claros de divulgación de temas científicos sin exigir un esfuerzo excesivo por parte del lector profano, pero el citado folleto se completa en habilidad al proporcionar observaciones interesantísimas para los profesionales de la medicina sin que ello haga engorrosa la lectura para los que no lo son.

Muy ordenadamente empieza exponiendo en unas ideas preliminares lo que representa el problema palúdico, lo que es la enfermedad, qué agentes la producen y la transmiten, dictando reglas profilácticas muy ajustadas a la práctica y de consagrada utilidad tanto médica como económica. Y para que el lector se penetre bien de la síntesis del problema hace resaltar la necesidad de no perder de vista que el peligro existe mientras existan mosquitos transmisores y mientras los enfermos crónicos permanezcan con su descuidado tratamiento conviviendo con los sanos.

Dstrucción del mosquito y esterilización del palúdico crónico, he aquí toda la clave del problema. Para lo primero, las reglas de higienización de terrenos, de habitaciones, etc; para lo segundo, la creación de sanatorios especiales establecidos en lugares apropiados de la Zona, dotados de laboratorios y de personal competente, donde pueda llevarse a efecto la esterilización de los enfermos crónicos, sin la cual y pese a todos los esfuerzos será imposible desterrar de un territorio este mal que tan intensamente nos castiga en el nuestro.

Pero repetimos que para llevar a la práctica estas ideas es necesaria, absolutamente necesaria la existencia de un organismo director que discipline y encauce la labor de los médicos a fin de que ésta resulte íntimamente compenetrada y por lo tanto más útil al fin perseguido.

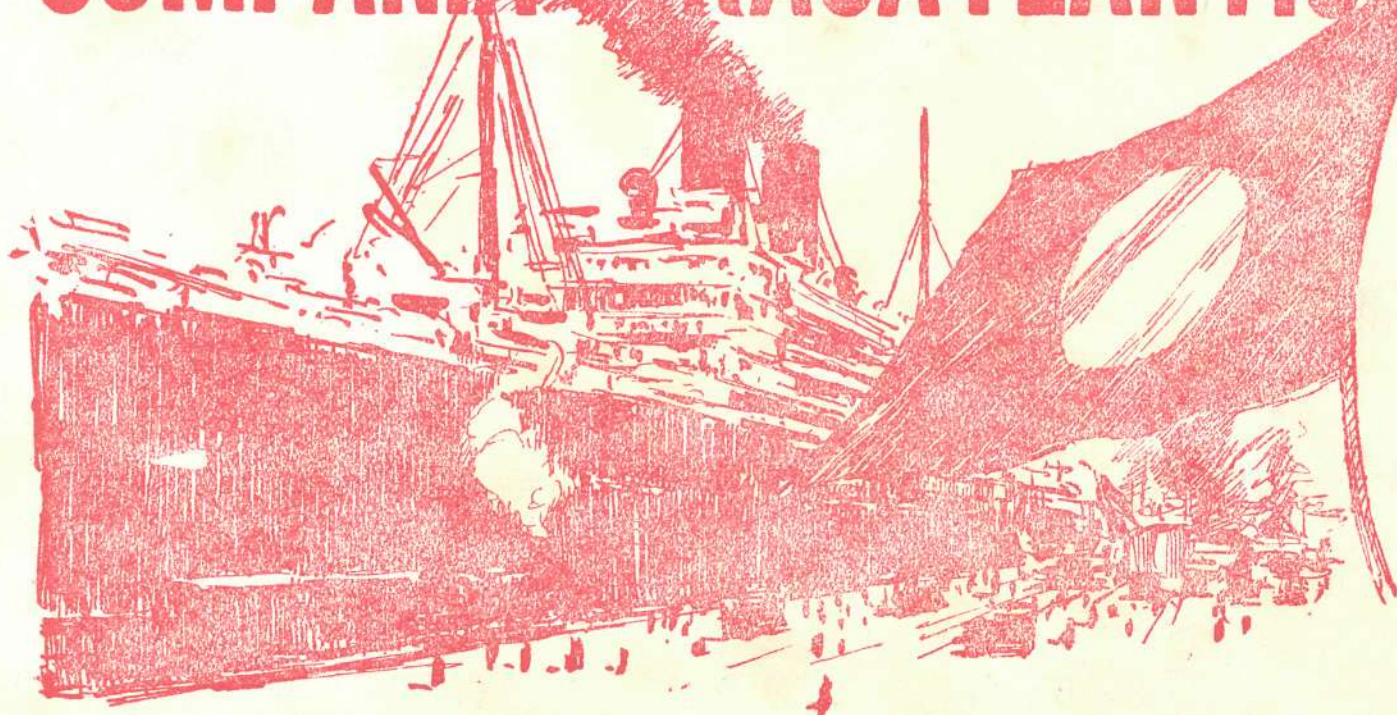
En el folleto que nos ocupa se dicta una perfecta organización para el servicio antipalúdico de la Zona. Ateniéndose a ella se conseguiría la confección del mapa palúdico, verdadera necesidad, para conocer exactamente las regiones palúdicas y clasificarlas en cuanto a su intensidad y su susceptibilidad de tratamiento.

Para que el folleto sea completo es necesario una gran divulgación. Es de suponer que esta se habrá hecho. La Inspección de Sanidad se habrá encargado de hacer llegar a manos de todos esta proclama tan afortunada en toda y digna por su idea y por su fondo de todo género de elogios.

Que continúe con ánimos esta campaña de divulgación a fin de interesar a la colectividad en esta lucha cuyo éxito ha de proporcionar a España la doble satisfacción de ver alejado un peligro para su raza y la de librar al pueblo protegido de uno de sus mayores azotes.

V. S. ORBANEJA.

COMPañÍA TRASATLÁNTICA



SERVICIOS DIRECTOS

LÍNEA A CUBA-MÉJICO

Servicio mensual saliendo de Bilbao el día 16, de Santander el 19, de Gijón el 20, de Coruña el 21 para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

LÍNEA A PUERTO RICO, CUBA, VENEZUELA COLOMBIA Y PACÍFICO

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 10, de Valencia el 11, de Málaga el 13 y de Cádiz el 15 para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, La Guayra, Puerto Cabello, Curaçao, Sabanilla, Colón y por el Canal de Panamá, para Guayaquil, Callao, Mollendo, Arica, Iquique, Antofagasta y Valparaíso.

LÍNEA A FILIPINAS Y PUERTOS DE CHINA Y JAPÓN

Siete expediciones al año saliendo los buques de Coruña para Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port Said, Suez, Colombo, Singapore, Manila, Hong-Kong, Shanghai, Nagasaki, Kobe y Yokohama.

LÍNEA A LA ARGENTINA

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Coincidiendo con la salida de dicho vapor llega a Cádiz otro que sale de Bilbao y Santander el día último de cada mes, de Coruña el día 1, de Villagarcía el 2 y de Vigo el 3, con pasaje y carga general para la Argentina.

LÍNEA A NEW-YORK, CUBA Y MÉJICO

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New York, Habana y Veracruz.

LÍNEA A FERNANDO PÓO

Servicio mensual saliendo de Barcelona el día 15 para Valencia, Alicante, Cádiz, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, demás escalas intermedias y Fernando Póo.

Este servicio tiene enlace en Cádiz con otro vapor de la Compañía que admite carga y pasaje de los puertos del Norte y Noroeste de España para todos los de escala de esta línea.

AVISOS IMPORTANTES

Rebajas a familias y en pasajes de ida y vuelta.—Precios convencionales por camarotes especiales.—Los vapores tienen instalada la telegrafía sin hilos y aparatos para señales submarinas, estando dotados de los más modernos adelantos, tanto para la seguridad de los viajeros como para su confort y agrado.—Todos los vapores tienen médico y capellán.

Las comodidades y trato de que disfruta el pasaje de tercera, se mantienen a la altura tradicional de la Compañía.

Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30% en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el Servicio de Comunicaciones Marítimas.

SERVICIOS COMBINADOS

Esta Compañía tiene establecida una red de servicios combinados para los principales puertos, servidos por líneas regulares, que le permite admitir pasajeros y carga para:

Liverpool y puertos del Mar Báltico y Mar del Norte.—Zanzíbar, Mozambique y Capetown.—Puertos del Asia Menor, Golfo Pérsico, India, Sumatra, Java y Cochinchina.—Australia y Nueva Zelanda.—Ilo Ilo, Cebú, Port Arthur y Vladivostok.—New Orleans, Savannah, Charleston, Georgetown, Baltimore, Filadelfia, Boston, Quebec y Montreal.—Puertos de América Central y Norte América en el Pacífico, de Panamá a San Francisco de California.—Punta Arenas, Coronel y Valparaíso por el Estrecho de Magallanes.

SERVICIOS COMERCIALES

La Sección que para estos servicios tiene establecida la Compañía, se encargará del transporte y exhibición en Ultramar de los Muestrarios que le sean entregados a dicho objeto y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, desean hacer los exportadores.



